



BIBLIOTECA UNIVERSAL. 2

—
COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—
TOMO XVI.
—

ROMANCERO CABALLERESCO.



MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de las Hileras, número 14.

1875.

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLLECCION

MEJORES AUTORES

ARTICULO Y NOVENO

ARTICULO Y ESTADISTICA

TOMO XVII

ROMANERO CABALLERCO



Madrid, 1875.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^o,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

ROMANCES CABALLERESCOS.

VERGILIOS.

Mandó el rey prender Vergilios,
Y á buen recaudo poner
Por una traicion que hizo
En los palacios del Rey.
Porque forzó una doncella
Llamada Doña Isabel,
Siete años lo tuvo preso,
Sin que se acordase dél;
Y un domingo estando en misa
Vínole memoria dél.

—Mis caballeros, Vergilios,

¿Qué se habia hecho dél?—

Allí habló un caballero

Que á Vergilios quiere bien :

—Preso lo tiene tu Alteza,

Y en tus cárceles lo tien.

—Via, á comer, mis caballeros,

Caballeros, via, á comer,

Despues que hayamos comido

A Vergilios vamos ver.—

Allí hablára la Reina ;

— Yo no comeré sin él.—

A las cárceles se van

Adonde Vergilios es.

— ¿Qué haceis vos aquí, Vergilios?

Vergilios, ¿aquí que haceis?

— Señor, peino mis cabellos,

Y las mis barbas tambien:

Aquí me fueron nacidas,

Aquí me han de encanecer;

Que hoy se cumplen siete años

Que me mandaste prender.

— Calles, calles tú, Vergilios,

Que tres faltan para diez.

— Señor, si manda tu Alteza,

Toda mi vida estaré.

— Vergilios, por tu paciencia

Conmigo irás á comer.

— Rotos tengo mis vestidos,

No estoy para parecer.

— Yo te los daré, Vergilios,

Yo dártelos mandaré.—

Plúgole á los caballeros

Y á las doncellas tambien;

Mucho mas plugo á una dueña

Llamada Doña Isabel.

Llaman luego un arzobispo,

Ya la desposan con él.

Tomárala por la mano,

Y llévasela á un verjel.

LA INFANTINA.

De Francia partió la niña,

De Francia la bien guarnida;

Ibase para Paris,
Do padre y madre tenía,
Errado lleva el camino,
Errada lleva la vía:
Arrimárase á un roble
Por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
Que á Paris lleva la guía.
La niña desque lo vido
Desta suerte le decia:
— Si te place, caballero,
Llévesme en tu compañía.
— Pláceme, dijo, señora,
Pláceme, dijo, mi vida. —
Apeóse del caballo
Por hacelle cortesia;
Puso la niña en las ancas
Y subiérase en la silla.
En el medio del camino
De amores la requeria.
La niña desque lo oyera
Dijole con osadía:
— Tate, tate, caballero,
No hagais tal villanía:
Hija soy yo de un malato
Y de una malatía;
El hombre que á mí llegase
Malato se tornaría. —
Con temor el caballero
Palabra no respondia,
Y á la entrada de Paris
La niña se sonreia.
— ¿ De qué os reis, mi señora?
¿ De qué os reis, vida mia?
— Ríome del caballero,

Y de su gran cobardía,
¡Tener la niña en el campo,
Y catarle cortesía! —
Con vergüenza el caballero
Estas palabras decía:
— Vuelta, vuelta, mi señora,
Que una cosa se me olvida. —
La niña como discreta
Dijo: — Yo no volvería,
Ni persona, aunque volviese,
En mi cuerpo tocaría:
Hija soy del rey de Francia
Y la reina Constantina:
El hombre que á mí llegase
Muy caro le costaría.

EL CONDE ARNALDOS.

¡Quién hubiese tal ventura
Sobre las aguas del mar,
Como hubo el conde Arnaldos
La mañana de San Juan!
Con un falcon en la mano
La caza iba á cazar,
Y venir vió una galera
Que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
La jarcia de un cendal.
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar
Que la mar ponía en calma,
Los vientos hace amainar,
Los peces que andan al hondo
Arriba los hace andar,

Las aves que andan volando
Las hace al mástil posar :
— Galera , la mi galera ,
Dios te me guarde de mal ,
De los peligros del mundo
Sobre aguas de la mar ,
De los llanos de Almería ,
Del estrecho de Gibraltar ,
Y del golfo de Venecia ,
Y de los bancos de Flándes ,
Y del golfo de Leon ,
Donde suelen peligrar. —
Allí habló el conde Arnaldos ,
Bien oiréis lo que dirá :
— Por Dios te ruego , el marino ,
Digaisme ora ese cantar. —
Respondióle el marinero ,
Tal respuesta le fué á dar :
— Yo no digo esta cancion
Sino á quien conmigo va. —

DON DUARDOS Y FLÉRIDA.

En el mes era de Abril ,
De Mayo ántes un dia ,
Cuando los lirios y rosas
Muestran más su alegría ,
En la noche mas serena ,
Qu'el cielo hacer podria .
Cuando la hermosa Infanta
Flérída ya se partia ,
En la huerta de su padre
A los árboles decia :
— Jamas en cuanto viviere

Os veré tan solo un dia,
Ni cantar los ruiséñores
En los ramos melodía.
Quédate adios, agua clara,
Quédate adios, agua fria,
Y quedad con Dios, mis flores,
Mi gloria, que ser solia.
Vóime á las tierras extrañas,
Pues ventura allá me guia.
Si mi padre me buscáre,
Que grande bien me queria,
Digan que el amor me lleva,
Que no fué la culpa mia.
Tal tema tomó conmigo,
Que me forzó su porfía.
Triste no sé dónde voy,
Ni nadie me lo decia.—
Allí habló Don Duardos :
— No lloreis más, mi alegría,
Que en los reinos de Inglaterra
Más claras aguas habia,
Y más hermosos jardines,
Y vuestros, señora mia :
Terneis trescientas doncellas
De alta genealogía ;
De plata son los palacios
Para vuestra señoría ;
D'esmeraldas y jacintos
Toda la tapecería ;
Las cámaras ladrilladas
D'oro fino de Turquía,
Con letreros esmaltados
Que cuentan la vida mia,
Contando vivos dolores
Que me dístedes un dia.

Cuando con Primaleon
Fuertemente combatia,
Señora, vos me matastes,
Que yo á él no lo temia. —
Sus lágrimas consolaba
Flérída, que esto oia,
Y fuéronse á las galeras,
Que Don Duardos habia:
Cincuenta eran por todas,
Todas van en compañía.
Al són de sus dulces remos
La Infanta se adormecia
En brazos de Don Duardos,
Que bien le pertenecia.
Sepan cuantos son nacidos
Aquesta sentencia mia:
«Que contra muerte y amor
Nadie no tiene valía.»

EL SOLDAN DE BABILONIA Y EL CONDE
DE NARBONA.

Del Soldan de Babilonia,
De ese os quiero decir,
Que le dé Dios mala vida
Y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras,
Pasan de sesenta mil,
Para ir á dar combate
A Narbona la gentil.
Allá van á echar ancóras,
Allá al puerto de Sant Gil,
Donde han captivado al Conde,
Al conde Benalmequí.

Deciéndenlo de una torre,
Cabálganlo en un rocin,
La cola le dan por riendas
Por mas deshonorado ir.
Cient azotes dan al Conde
Y otros tantos al rocin ;
Al rocin porque anduviese,
Y al Conde por lo rendir.
La Condesa que lo supo
Sáleselo á recibir :
— Pésame de vos, señor
Conde, de veros así,
Daré yo por vos, el Conde,
Las doblas sesenta mil,
Y si no bastaren, Conde,
A Narbona la gentil.
Si esto no bastáre, el Conde,
Tres hijas que yo parí :
Yo las pariera, buen Conde,
Vos las hubisteis en mí ;
Y si no bastáre, Conde,
Señor, védesme aquí á mí.
— Muchas mercedes, Condesa,
Por vuestro tan buen decir :
No dedes por mí, señora,
Tan solo un maravedí,
Que heridas tengo de muerte,
Dellas no puedo guarir :
Adios, adios, la Condesa,
Que me mandan ir de aquí.
— Váyades con Dios, el Conde,
Y con gracia de Sant Gil :
Dios os eche en vuestra suerte
A ese Soldan paladin.

EL CONDE DON MARTIN Y DOÑA BEATRIZ.

Bodas hacian en Francia
Allá dentro de París;
¡Cuán bien que guia la danza
Esta Doña Beatriz!
¡Cuán bien que se la miraba
El buen conde Don Martin!
— ¿Qué mirais aquí, buen Conde?
Conde, ¿qué mirais aquí?
¿Decid si mirais la danza,
Ó si me mirais á mí?
— Que no miro yo la danza,
Porque muchas danzas ví,
Miro yo vuestra lindeza
Que me hace penar á mí.
— Si bien os parezco, Conde,
Conde, saqueisme de aquí,
Que un marido me dan viejo
Y no puede ir tras mí.

DON BERNALDINO.

Ya piensa Don Bernaldino
Ir su amiga visitar,
Da voces á los sus pajes,
Que vestir le quieran dar.
Dábanle calzas de grana,
Borceguís de cordoban,
Un jubon rico broslado,
Que en la córte no hay su par.
Dábanle una rica gorra,
Que no se podría apreciar,

Con una letra que dice :
« Mi gloria por bien amar. »
La riqueza de su manto
No os la sabría contar ;
Sayo de oro de martillo
Que nunca se vió su igual.
Una blanca hacanea
Mandó luégo ataviar,
Con quince mozos de espuelas
Que le van acompañar.
Ocho pajes van con él,
Los otros mandó tornar ;
De morado y amarillo
Es su vestir y calzar.
Allegado han á las puertas
Do su amiga solía estar ;
Hallan las puertas cerradas,
Empiezan de preguntar :
— ¿ Dónde está Doña Leonor,
La que aquí solía morar ?
Respondió un maldito viejo,
Que él luégo mandó matar.
— Su padre se la llevó
Lejas tierras á habitar. —
El rasga sus vestiduras
Con enojo y gran pesar,
Y volvióse á los palacios
Donde solía reposar ;
Puso una espada á sus pechos
Por sus dias acabar.
Un su amigo que lo supo
Veníalo á consolar,
Y en entrando por la puerta
Vídolo tendido estar.
Empieza á dar tales voces,

Que al cielo quieren llegar.
Vienen todos sus vasallos,
Procuran de lo enterrar
En un rico monumento
Todo hecho de cristal,
En torno del cual se puso
Un letrero singular:
«Aquí está Don Bernaldino
»Que murió por bien amar.»

EL INFANTE VENGADOR.

Hélo, hélo por do viene
El infante vengador,
Caballero á la jineta
En caballo corredor.
Su manto revuelto al brazo,
Demudada la color,
Y en la su mano derecha
Un venablo cortador.
Con la punta del venablo
Sacaria un arador.
Siete veces fué templado
En la sangre de un dragon,
Y otras tantas fué afilado
Porque cortase mejor:
El hierro fué hecho en Francia,
Y el asta en Aragon:
Perfilándose iba
En las alas de su halcon.
Iba á buscar á Don Cuadros,
A Don Cuadros el traidor;
Y allá le fuera á hallar,
Junto del Emperador.

La vara tiene en la mano,
Que era justicia mayor,
Siete veces lo pensaba,
Si le tiraría ó no,
Y al cabo de las ocho
El venablo le arrojó.
Por dar al dicho Don Cuadros
Dado ha al Emperador :
Pasado le ha manto y sayo
Que era de un tornasol.
Por el suelo ladrillado
Más de un palmo le metió.
Allí le habló el Rey,
Bien oiréis lo que habló :
— ¿ Por qué me tiraste, Infante ?
¿ Por qué me tiras, traidor ?
— Perdónenle tu Alteza,
Que no tiraba á tí, no :
Tiraba al traidor de Cuadros ;
Ese falso engañador,
Que de siete hermanos que tenía,
No ha dejado, si á mí no :
Por eso delante tí,
Mi buen Rey, lo riepto yo. —
Todos fian á Don Cuadros,
Y al Infante no fian, no,
Si no fuera una doncella,
Hija es del Emperador,
Que los tomó por la mano,
Y en el campo los metió.
A los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el Infante,
La cabeza le cortó,
Y tomárala en su lanza,

Y al buen Rey la presentó.
De que aquesto vido el Rey
Con su hija le casó.

LA INFANTA ENCANTADA.

A cazar va el caballero,
A cazar como solia ;
Los perros lleva cansados,
El falcon perdido habia,
Arrimárase á un roble,
Alto es á maravilla.
En una rama más alta,
Viera estar una Infantina ;
Cabellos de su cabeza
Todo aquel roble cobrian.
—No te espantes, caballero,
Ni tengas tamaña grima,
Hija soy yo del buen Rey
Y la Reina de Castilla :
Siete fadas me fadaron
En brazos de una ama mia,
Que andase los siete años
Solita en esta montiña.
Hoy se cumplian los siete años,
O mañana en aquel dia :
Por Dios ruego, caballero,
Llévesme en tu compañía,
Si quisieses por mujer,
Si no, sea por amiga.
—Espereisime vos, señora,
Hasta mañana, aquel dia,
Iré yo á tomar consejo
De una madre que tenia.—

La niña le respondiera
Y estas palabras decía :
—¡Oh mal haya el caballero
Que sola deja la niña ! —
El se va á tomar consejo,
Y ella queda en la montaña.
Aconsejóle su madre
Que la tome por amiga.
Cuando volvió el caballero
No hallára la Infantina :
Vidola que la llevaban
Con muy gran caballería.
El caballero que la vido
En el suelo se caía :
Desque en sí hubo tornado
Estas palabras decía :
—Caballero que tal pierdo,
Muy gran pena merecía :
Yo mesmo seré el alcalde ,
Yo me seré la justicia :
Que me corten piés y manos
Y me arrastren por la villa.

EL ADÚLTERO CASTIGADO.

Blanca sois, señora mía,
Más que no el rayo del sol :
¿ Si la dormiré esta noche
Desarmado, sin pavor?
Que siete años había, siete
Que no me desarmo, no!
Más negras tengo mis carnes
Que no un tizado carbon.
—Dormidla, señor, dormidla,

Desarmado, sin temor,
Que el Conde es ido á la caza
A los montes de Leon.

— Rabia le mate los perros,
Y águilas el su halcon,
Y del monte hasta la casa
A él arrastre el moron.—

Ellos en aquesto estando
Su marido que llegó:

—¿Qué haceis, la blanca niña,
Hija de padre traidor?

— Señor, peino mis cabellos,
Peínolos con gran dolor,
Que me dejais á mí sola
Y á los montes os vais vos.

— Esas palabras, la niña,
No eran sino traicion:

—¿Cuyo es aquel caballo
Que allá bajo relinchó?

— Señor, era de mi padre,
Y enviólo para vos.

—¿Cuyas son aquellas armas
Que están en el corredor?

— Señor, eran de mi hermano,
Y hoy vos las envió.

—¿Cuya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo?

— Tomadla, Conde, tomadla,
Matadme con ella vos,

Que aquesta muerte, buen Conde,
Bien os la merezco yo.

LA CONSTANCIA.

Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.
Las manidas son oscuras,
Los caminos por usar,
El cielo con sus mudanzas
Ha por bien de me dañar
Andando de sierra en sierra
Por orillas de la mar,
Por probar si en mi ventura
Hay lugar donde avadar;
Pero por vos, mi señora,
Todo se ha de comportar.

LA DAMA DEL CONDE ALEMAN.

A tan alta va la luna
Como el sol á mediodía,
Cuando el buen Conde aleman
Con esa dama dormia.
No lo sabe hombre nascido
De cuantos en córte habia,
Si no sólo era la Infanta,
Aquesa Infanta su hija.
Así su madre la hablaba,
Desta manera decia:
—Cuanto viéredes, Infanta,
Cuanto vierdes encobridlo:
Daros ha el Conde aleman
Un buen manto de oro fino.

—¡Mal fuego le queme, madre
Ese manto de oro fino,
Cuando en vida de mi padre
Tuviese padrastro vivo!—
De allí se fuera llorando:
El Rey su padre la ha visto.
—¿Por qué llorais, la Infanta?
Decid, ¿quién llorar os hizo?
—Yo me estaba aquí comiendo,
Comiendo sopas en vino;
Entrára el Conde aleman
Y echólas por el vestido.
—Calleis, mi hija, calleis;
No tomeis de eso pesar.
Que el Conde es niño y mochacho;
Hacerlo ha por burlar.
—¡Mal fuego quemase, padre,
Tal reir y tal burlar!
Cuando me tomó en sus brazos,
Conmigo quiso folgar.
—Si él os tomó en sus brazos,
Y con vos quiso folgar,
En ántes que el sol saliese
Yo le mandaré matar.

DESLICES DE AMOR.

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar aquí,
Que ni puedo andar en pié,
Ni al Emperador servir,
Pues me crece la barriga,
Y se me acorta el vestir:
Vergüenza he de mis doncellas,

Las que me dan el vestir ;
Míranse unas á otras ,
No hacen sino reir :
Vergüenza he de mis caballeros,
Los que sirven ante mí.
—Lloradlo, dijo, señora,
Que así hizo mi madre á mí ;
Hijo soy de un labrador,
Mi madre y yo pan vendí.—
La Infanta desde que esto oyera
Comenzóse á maldecir:
—¡ Maldita sea la doncella
Que se deja seducir !
—No os maldigais vos, señora,
No os queráis vos maldecir,
Que hijo soy del Rey de Francia,
Mi madre es Doña Beatriz.
Cien castillos tengo en Francia,
Señora, para os guarir ;
Cien doncellas me los guardan,
Señora, para os servir.

EL AMOR FILIAL.

Paseábase el buen Conde
Todo lleno de pesar,
Cuentas negras en sus manos
Do suele siempre rezar,
Palabras tristes diciendo,
Palabras para llorar.
—Véos, hija, crecida ;
Y en edad para casar ;
El mayor dolor que siento
Es no teneros que dar.

Calledes , padre , calledes ,
No debeis tener pesar,
Que quien buena hija tiene
Rico se debe llamar ;
Y el que mala la tenía ,
Viva la puede enterrar,
Pues amengua su linaje
Que no debiera amenguar,
Y yo , si no me casáre ,
En religion puedo entrar.

LA ESPOSA FIEL.

— Caballero de lejas tierras ,
Llegaos acá , y pareis ,
Hinquedes la lanza en tierra ,
Vuestro caballo arrendeis ,
Preguntaros he por nuevas
Si mi esposo conoceis .

— Vuestro marido , señora ,
Decid , ¿ de qué señas es ?

— Mi marido es mozo y blanco ,
Gentil hombre y bien cortés ,
Muy gran jugador de tablas ,
Y tambien del ajedrez .

En el pomo de su espada
Armas trae de un marques ,
Y un gran ropon de brocado
Y de carmesí al enves :

Cabe el fierro de la lanza
Trae un pendon portugues ,
Que ganó en unas justas
A un valiente frances .

— Por esas señas , señora ,

Tu marido muerto es :
En Valencia le mataron
En casa de un ginoves :
Sobre el juego de las tablas
Lo matára un milanés.
Muchas damas lo lloraban,
Caballeros con arnes,
Sobre todo lo lloraba
La hija del ginoves ;
Todos dicen á una voz
Que su enamorada es :
Si habeis de tomar amores,
Por otro á mí no dejeis.
—No me lo mandeis , señor,
Señor, no me lo mandeis,
Que ántes que yo eso hiciese,
Señor, monja me veréis.
—No os metais monja , señora,
Pues que hacello no podeis ,
Que vuestro marido amado
Delante de vos teneis.

ROMANCE DE GERINELDO.

Levantóse Gerineldo
Que al Rey dejára dormido :
Fuese para la Infanta
Donde estaba en el castillo.
—Abraisme, dijo , señora,
Abraisme, cuerpo garrido.
—¿Quién sois vos, el caballero,
Que llamais á mi postigo?
—Gerineldo soy, señora,
Vuestro tan querido amigo.—

Tomárala por la mano ,
En un lecho la ha metido ,
Y besando y abrazando
Gerineldo se ha dormido.
Recordado habia el Rey
De un sueño despavorido :
Tres veces lo habia llamado,
Ninguna le ha respondido.
—Gerineldo, Gerineldo,
Mi camarero polido,
Si me andas en traicion,
Trátasme como á enemigo.
O dormias con la Infanta,
O me has vendido el castillo.—
Tomó la espada en la mano,
En gran saña va encendido :
Fuérase para la cama
Donde á Gerinaldo vido.
El quisiéralo matar ;
Mas crióle de chiquito.
Sacára luégo la espada ,
Entre entrambos la ha metido,
Porque desque recordase
Viese cómo era sentido.
Recordado habia la Infanta,
E la espada ha conocido.
—Recordados, Gerineldo,
Que ya érades sentido,
Que la espada de mi padre
Yo me la he bien conocido.

ESPINELO.

Muy malo estaba Espinelo,
En una cama yacia,

Los bancos eran de oro,
Las tablas de plata fina;
Los colchones en que duerme
Son de una holanda muy fina,
Las sábanas que le cubren
En el agua no se vian.
La colcha que en ella ponen
Sembrada es de perlería;
A su cábecera tiene
Mataleona, su querida;
Con las plumas de un pavon
La su cara le resfria.
Estando en este solaz
Tal demanda le hacía.
— Espinelo, mi Espinelo,
¡Cómo naciste en buen día!
El día que tú naciste
La luna estaba crecida,
Que ni punto le sobraba,
Ni punto le fallecia.
Contádesme, Espinelo,
Contádesme vuestra vida,
— Yo te lo diré, señora,
Con amor y cortesía :
Mi padre era de Francia,
Mi madre de Lombardía;
Mi padre con su poder
A Francia toda regia.
Mi madre como señora
Una ley hecha tenía :
La mujer que dos pariese
De un parto y en solo un día,
Que la den por alevosa
Y la quemen por justicia,
O la echen en la mar

Porque adulterado habia.
Quiso Dios, y su ventura,
Qu'ella dos hijos paria
De un parto, y en una hora,
Que por deshonra tenia.
Fuérase á tomar consejo
Con tan loca fantasía
A una cautiva mora
Que sabe nigromancia.
— ¿Qué me aconsejas, la mora,
Por salvar la honra mia? —
Respondiérale: — Señora,
Yo de parecer sería,
Que tomases á tu hijo,
El que te se antojaria,
Y lo eches en la mar
En un arca de valía,
Bien embetunada toda,
Que más segura sería,
Y pongas tambien en ella
Mucho oro y joyería,
Porque quien al niño hallase
Dé criarle se holgaria. —
Cayera la suerte en mí,
Y en la gran mar me ponía,
La cual, estando muy buena,
Arrebatado me habia,
Y púsome en tierra firme
Con la furor que traía,
A la sombra de una mata
Que por nombre Espina habia,
Que por eso me pusieron
D'Espino nombradía.
Marineros navegando
Halláronme en aquel dia;

Lleváronme á presentar
Al gran Soldan de Suría.
El Soldan no tiene hijo,
Por su hijo me tenía ;
El Soldan agora es muerto.
Yo por el Soldan regía.

DON GALVAN Y LA INFANTA.

Bien se pensaba la Reina
Que buena hija tenía ,
Que del conde don Galvan
Tres veces parido habia ,
Que no lo sabía ninguno
De los que en la córte habia ,
Si no fuese una doncella
Qu'en su cámara dormia.
Por un enojo que hubiera
A la Reina lo decia ;
La Reina se la llamaba
Y en cámara la metia ,
Y estando en este cuidado
De palabras la castiga :
— Hija, si vírgen estais ,
Reina seréis de Castilla ;
Hija, si vírgen no estais ,
De mal fuego seais ardida.
— Madre, tan vírgen estoy
Como el dia que fuí nascida.
Por Dios os ruego, mi madre,
Que no me dedes marido ;
Doliente estoy de mi cuerpo,
Que no soy para servillo. —
Subiérase la Infanta

A lo alto de una torre ;
Si bien labraba la seda ,
Mejor se labraba el oro ;
Vido venir á Galvan
Telas de su corazon.
Ellas en aquesto estando
El parto que la tomó.
— ¡ Ay, por Dios ! ¡ ay, mi señor !
Allegueis á esa torre ,
Recogedme ese mochacho
En cabo de vuestro manto.
Dédesmelo á criar
A la madre que os parió.

CORDURA DE ALIARDA PARA JUSTIFICARSE DE
LA CALUMNIA DE UN CABALLERO QUE SE
JACTÓ DE HABERLA GOZADO.

— Esta noche, caballeros,
Dormí con una doncella,
Que en los dias de mi vida
Yo no vi cosa más bella. —
Todos dicen á una voz.
— ¡ Cierto, cierto, Aliarda es esa ! —
Oídolo habia su hermano,
Un hermano carnal della,
Dijéronle allí : — Florencios,
Bien es casarte con ella.
— No quiero hacer, caballeros,
Para mí cosa tan fea,
En tomar yo por mujer
La que tuve por manceba. —
Aun no acabó Florencios

De decir aquella nueva,
Cuando todos prontamente
Dicen luégo : — ¡ Muera, muera!
¡ Muera aquel que ha deshonrado
A Aliarda la más bella! —
En sabiendo esto Aliarda
Gran enojo recibiera ;
Envióles á decir
En breve desta manera :
— Pésame, mis caballeros,
De hacer cosa tan mal hecha,
Que lo que el loco decia
No era cosa creedera.
Hásta saberlo de cierto
No le habian de dar pena,

EL TRAIÐOR MARQUILLOS Y BLANCA-FLOR.

¡ Cuán traïdor eres, Marquillos!
¡ Cuán traïdor de corazon!
Por dormir con tu señora
Degollaste á tu señor.
Desde lo tuviste muerto
Quitástele el chapiron ;
Fuérase al castillo fuerte
Donde está la Blanca-Flor.
— Abridme, linda señora,
Que aquí viene mi señor ;
Si no lo quereis creer,
Veis aquí su chapiron. —
Blanca-Flor desde lo viera,
Las puertas luégo le abrió ;
Echóle brazos al cuello,
Allí luégo la besó ;

Abrazándola y besando
En un secreto la entró.
— Marquillos, por Dios te ruego
Que me concedas un dón;
Que no durmieses conmigo
Hasta que rayase el sol. —
Marquillos, como es hidalgo,
El dón luégo le otorgó,
Y como venía cansado
En llegando se durmió.
Levantóse muy ligera
La hermosa Blanca-Flor;
Tomára un cuchillo en mano
Y á Marquillos degolló.

EL MALDICIENTE.

Ese conde Cabreruelo,
Con el Rey come á la mesa,
¡Oh, cuán mal que se abaldona
A toda mujer ajena!
Apuesta que no hay ninguna
¡Ved cuán mal pensada apuesta!
Si le escucha dos razones,
Que de amores no la venza.
Como el amor atrevidas,
Como la fortuna ciegas,
Como el honor peligrosas,
Como la mentira inciertas,
Así jura que son todas;
¡Falsa jura! ¡injusta tema!
La Reina que tal escucha
Dió sañuda tal respuesta:
— Todas malas no es posible,

Ni es posible todas buenas;
Hierbas hay que dan la vida,
Y quitan la vida hierbas.
Traidores hombres del mundo
Han hecho traidoras hembras,
Dellos aprendieron culpas,
Si culpas cometen ellas.
Ellos hablan, ellas oyen,
Y de mentiras discretas
Dichas hoy, dichas mañana,
¿Quién habrá que se defienda?
Favorecidos se alaban,
Disfaman si los desprecian;
La que los escucha es fácil,
La que no les habla es necia.
Cuantas nacen, cuantas viven,
Por agüero de su estrella,
Al que ménos las merece
Se inclinan con mayor fuerza.
Muchas quejas, muchos dones,
¡Qué mucho que á muchas prendan!
Ejemplo es la piedra dura,
Que agua continua la mella.
Emendaos, amigo Conde,
Y de hoy más las damas sean
Vuestro honor, no vuestro ultraje,
Vuestra paz, no vuestra guerra;
Levantad la parte humilde,
Que es hazaña de alta empresa;
Todos de mujer nacimos,
Volvamos todos por ellas.

LANZAROTE DEL LAGO. — I.

Tres hijuelos habia el Rey,
Tres hijuelos, que no más ;
Por enojo que hubo de ellos
Todos malditos los há.
El uno se tornó ciervo,
El otro se tornó can,
El otro que se hizo moro,
Pasó las aguas del mar.
Andábase Lanzarote
Entre las damas holgando,
Grandes voces dió la una :
— Caballero, estad parado ;
Si fuese la mi ventura,
Cumplido fuese mi hado
Que yo casase con vos,
Y vos conmigo de grado,
Y me diésedes en arras
Aquel ciervo del pié blanco.
— Dároslo hé yo, mi señora,
De corazon y de grado,
Si supiese yo las tierras
Donde el ciervo era criado. —
Ya cabalga Lanzarote,
Ya cabalga y va su via,
Delante de sí llevaba
Los sabuesos por la trailla.
Llegado habia á una ermita,
Donde un ermitaño habia :
— Dios te salve, el hombre bueno.
— Buena sea tu venida ;
Cazador me pareceis
En los sabuesos que traia.

— Dígame tú, el ermitaño,
Tú que haces santa vía,
Ese ciervo del pié blanco
¿Dónde hace su manida?
— Quedaos aquí, mi hijo,
Hasta que sea de día,
Contaros hé lo que vide,
Y todo lo que sabía.
Por aquí pasó esta noche
Dos horas ántes del día,
Siete leones con él
Y una leona parida.
Siete condes deja muertos,
Y mucha caballería.
Siempre Dios te guarde, hijo,
Por doquier que fuer tu ida,
Que quien acá te envió
No te quería dar la vida.
¡Ay, dueña de Quintañoses,
Del mal fuego seas ardida,
Que tanto buen caballero
Por tí ha perdido la vida! —

LANZOROTE DEL LAGO. — II.

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,
Que dueñas curaban dél,
Doncellas del su rocino.
Esa dueña Quintañoña,
Esa le escanciaba el vino,
La linda reina Ginebra

Se lo acostaba consigo ;
Y estando al mejor sabor,
Que sueño no habia dormido,
La Reina toda turbada
Un pleito ha conmovido.
— Lanzarote, Lanzarote,
Si ántes hubieras venido,
No hablára el orgulloso
Las palabras que habia dicho,
Que á pesar de vos, señor,
Se acostaria conmigo. —
Ya se arma Lanzarote
De gran pesar conmovido,
Despídese de su amiga,
Pregunta por el camino,
Topó con el orgulloso
Debajo de un verde pino :
Combátense, de las lanzas,
A las hachas han venido.
Ya desmaya el orgulloso,
Ya cae en tierra tendido,
Cortárale la cabeza,
Sin hacer ningun partido ;
Volvióse para su amiga
Donde fué bien recibido.

TRISTAN DE LEONIS.

Ferido está don Tristan
De una muy mala lanzada,
Diérasela el Rey su tio,
Que celoso dél estaba.
El fierro tiene en el cuerpo,
De fuera le tiembla el asta ;

Valo á ver la reina Iseo
Por la su desdicha mala.
Júntanse boca con boca
Como palomillas mansas,
Llora el uno, llora el otro,
La cama bañan en agua;
Allí nace un arboledo
Que azucena se llamaba,
Cualquier mujer que la come
Luego se siente preñada;
ComiÓla la reina Iseo
Por la su desdicha mala.

VALDOVINOS Y EL MARQUÉS DE MANTUA. — I.

De Mantua salió el Marqués
Danes Urgel el leale;
Allá va á buscar la caza
A las orillas del mare.
Con él van sus cazadores
Con aves para volare;
Con él van los sus monteros
Con perros para cazare;
Con él van sus caballeros
Para haberlo de guardare.
Por la ribera del Po
La caza buscando vane.
El tiempo era caluroso,
Víspera era de Sant Juane.
Métense en una arboleda
Para refresco tomáre;
Al derredor de una fuente
A todos mandó asentáre.
Viandas aparejadas

Traen, y procuran yantáre.
Desque hubieron yantado
Comenzaron de habláre
Solamente de la caza
Cómo se ha de ordenáre.
Al pié estaban de una breña
Que junto á la fuente estae.
Oyeron un gran ruido
Entre las ramas sonáre :
Todos estuvieron quedos
Por ver qué cosa serae ;
Por las más espesas matas
Vieron un ciervo asomáre ;
De sed venía fatigado,
Al agua se iba á lanzáre ;
Los monteros á gran priesa
Los perros van á soltáre ;
Sueltan lebreles, sabuesos
Para le haber de tomáre.
El ciervo que los sintió
Al monte se vuelve á entráre :
Caballeros y monteros
Comienzan de cabalgáre ;
Siguiéndole iban el rastro
Con gana de le alcanzáre :
Cada uno va corriendo
Sin uno á otro esperáre.
El que traia buen caballo
Corria más por le atajáre :
Apártanse unos de otros
Sin al Marqués aguardáre.
El ciervo era muy ligero,
Mucho se fué adelantáre ;
Al ladrido de los perros
Los más siguiendo le vane,

El monte era muy espeso,
Todos perdido se hane.
El sol se queria poner,
La noche queria cerráre,
Cuando el buen Marqués de Mantua
Sólo se fuera á halláre
En un bosque tan espeso
Que no podia camináre.
Andando á un cabo y á otro,
Mucho alejado se hae;
Tantas vueltas iba dando
Que no sabe donde estae.
La noche era muy oscura,
Comenzó recio á tronáre;
El cielo estaba nublado,
No cesa de relampagueáre.
El Marqués que así se vido
Su bocina fué á tomáre
A sus monteros llamando;
Tres veces la fué á tocáre.
Los monteros eran léjos,
Por demas era el sonáre,
El caballo iba cansado
De por las breñas saltáre;
A cada paso caia,
No se podia meneáre.
El Marqués muy enojado
La rienda le fué á soltáre;
Por do el caballo queria
Lo dejaba camináre.
El caballo era de casta,
Esfuerzo fuera á tomáre.
Diez millas ha caminado
Sin un momento paráre;
No va camino derecho,

Mas por do podia andáre.
Caminando todavía,
Un camino va á topáre;
Siguiendo por el camino
Va á dar en un pinare;
Por él anduvo una pieza
Sin poder dél se apartáre.
Pensó reposar allí
O adelante pasáre;
Mas por buscar á los suyos
Adelante quiere andáre.
Del pinar salió muy presto,
Por un valle fuera á entráre.
Cuando oyó dar un gran grito
Temeroso y de pesáre,
Sin saber que de hombre fuese,
O de qué pudiese estáre;
Sólo gran dolor mostraba,
Otro no pudo notáre,
De que se turbó el Marqués,
Todo espeluzado se hae;
Mas aunque viejo de dias
Empiézase de esforzáre.
Por su camino delante
Empieza de camináre:
A pié va que no á caballo;
El caballo va á dejáre,
Porque estaba muy cansado,
Y no podia bien andáre;
En un prado que allí estaba
Allí le fuera á dejáre.
Cuando llegó á un rio,
En medio de un arenale
Vido un caballero muerto,
Comenzóle de miráre.

Armado estaba de guerra
A guisa de peleáre ;
Los brazos tenía cortados,
Las piernas otro que tale,
Y más adelante un poco
Una voz sintió habláre :
— ¡ Oh, Santa María Señora,
No me quieras olvidáre !
¡ A tí encomiendo mi alma,
Plégate de la guardáre !
En este trago de muerte
Esfuerzo me quieras dáre ;
Pues á los tristes consuelas
Quieres á mí consoláre,
Y al tu precioso Hijo
Por mí te plega rogáre
Que perdone mis pecados,
Mi alma quiera salváre. —
Cuando aquesto oyó el Marqués
Luégo se fuera apartáre ;
Revolvióse el manto al brazo,
La espada fuera á sacáre ;
Apartado del camino
Por el monte fuera á entráre ;
Hácia do sintió la voz
Empieza de camináre.
Las ramas iba cortando
Para la vuelta acertáre ;
A todas partes miraba
Por ver qué cosa serae ;
El camino por do iba
Cubierto de sangre estae.
Vínole grande congoja,
Todo se fué á demudáre,
Que el espíritu le daba

Sobresalto de pesáre.
De donde la voz oyera
Muy cerca fuera á llegáre;
Al pié de unos altos robles
Vido un caballero estáre,
Armado de todas armas
Sin estoque ni puñale.
Tendido estaba en el suelo,
No cesa de se quejáre;
Las lástimas que decia
Al Marqués hacen lloráre;
Por entender lo que dice
Acordó de se acercáre.
Atento estaba escuchando
Sin bullir ni menearse;
Lo que decia el caballero
Razon es de lo contáre.
— ¿Dónde estás, señora mia,
Que no te pena mi male?
De mis pequeñas heridas
Compasion solias tomáre,
¡Agora de las de muerte
No tienes ningun pesáre!
No te doy culpa, señora,
Que descanso en el habláre;
Mi dolor, que es muy sobrado,
Me hace desatináre.
Tú no sabes de mi mal
Ni de mi angustia mortale;
Yo te pedí la licencia
Para mi muerte buscáre.
Pues yo la hallé, señora,
A nadie debo culpáre,
Cuanto más á tí, mi bien,
Que no me la querias dáre;

Mas cuando más no podiste,
Bien sentí tu gran pesare
En la fe de tu querer,
Segun te vi demostráre.
¡ Esposa mia y señora!
No cures de me esperáre;
Hasta el dia del juicio
No nos podemos juntáre.
Si viviendo me quisiste,
Al morir lo has de mostráre,
No en hacer grandes extremos,
Mas por el alma rogáre.
¡ Oh, mi primo Montesinos!
¡ Infante don Meriane!
¡ Deshecha es la compañía,
En que solíamos andáre!
¡ Ya no espereis más de verme,
No os cumple ya más buscáre,
Que en balde trabajaréis
Pues no me podréis halláre!
¡ Oh esforzado don Renaldos!
¡ Oh buen paladin Roldane!
¡ Oh valiente don Urgel!
¡ Oh don Ricardo Normante!
¡ Oh marqués don Oliveros!
¡ Oh Durandarte el galane!
¡ Oh archiduque don Estolfo!
¡ Oh gran duque de Milane!
¿ Dónde sois todos vosotros?
¿ No venís á me ayudáre?
¡ Oh emperador Carlo Magno,
Mi buen señor naturale,
Si supieses tú mi suerte
Cómo la harías vengáre!
Aunque me mató tu hijo

Justicia quieras guardáre,
Pues me mató á traicion
Viniéndole acompañáre.
¡Oh príncipe don Carloto!
¿Qué ira tan desigual
Te movió sobre tal caso
A quererme así matáre
Rogándome que viniese
Contigo por te guardáre?
¡Oh desventurado yo,
Cómo venía sin cuidáre
Que tan alto caballero
Pudiese hacer tal maldade!
Pensando venir á caza
Mi muerte vine á cazáre.
No me pesa del morir
Pues es cosa naturale;
¡Más por morir como muero
Sin merecer ningun male,
Y en tal parte donde nunca
La mi muerte se sabrae!
¡Oh alto Dios poderoso,
Justiciero y de verdade,
Sobre mi muerte inocente
Justicia quieras mostráre:
¡Desta ánima pecadora
Quieres haber piedade!
¡Oh triste reina mi madre,
Dios te quiera consoláre,
Que ya es quebrado el espejo
En que te solias miráre!
Siempre de mí recelabas
Recebir algun pesáre;
¡Agora de aquí adelante
No te cumple receláre!

En las justas y torneos
Consejos me solias dáre ;
¡ Agora triste en la muerte
Aun no me puedes habláre !
¡ Oh noble Marqués de Mantua ,
Mi señor tio carnale !
¿ Dónde estás que no oís
Mi doloroso quejáre ?
¡ Qué nueva tan dolorosa
Os será y de gran pesáre
Cuando de mí no supierdes
Ni me pudierdes halláre !
Hicístesme heredero
Por vuestro estado heredáre ,
¡ Mas vos lo habréis de ser mio
Aunque sois de más edade !
¡ Oh mundo desventurado ;
Nadie debe en tí fiáre :
Al que más subido tienes
Mayor caida haces dáre ! —
Estas palabras diciendo,
No cesa de sospiráre
Sospiros muy dolorosos
Para el corazon quebráre.
Turbado estaba el Marqués ,
No pudo más escucháre :
El corazon se le aprieta ,
La sangre vuelto se le hae.
A los piés del caballero
Junto se fué á llegáre ;
Con la voz muy alterada
Empezóle de habláre :
— ¿ Qué mal teneis, caballero ?
¿ Queredes me lo contáre ?
¿ Teneis heridas de muerte ,

O teneis otro algun male? —
Cuando lo oyó el caballero
La cabeza probó alzárse:
Pensó que era su escudero,
Tal respuesta le fué á dáre:
— ¿Qué dices, amigo mio?
¿Traes con quien me confesáre?
Que ya se me sale el alma;
La vida quiero acabáre:
Del cuerpo no tenga pena,
Que el alma querria salváre. —
Luégo le entendió el Marqués
Por otro le fué á tomáre:
Respondióle muy turbado
Qué apénas pudo habláre:
— Yo no soy vuestro criado,
Nunca comí vuestro pane,
Antes soy un caballero
Que por aquí acerté á pasáre:
Vuestras voces dolorosas
Aquí me han hecho llegáre
A saber qué mal teneis,
O de qué es vuestro penáre.
Pues que caballero sois,
Querades vos esforzáre,
Que para esto es este mundo
Para bien y mal pasáre.
Decidme, señor quién sois
Y de qué es vuestro male,
Que si remediarse puede
Yo os prometo de ayudáre:
No dudeis, buen caballero,
De decirme la verdade. —
Tornara en sí Valdovinos,
Tal respuesta le fué á dáre:

— Muchas mercedes, señor,
Por la buena voluntade ;
Mi mal es crudo y de muerte,
No se puede remediáre.
Veinte y dos heridas tengo
Que cada una es mortale ;
El mayor dolor que siento,
Es morir en tal lugáre,
Do no se sabrá mi muerte
Para poderse vengáre,
Porque me han muerto á traicion
Sin merescer ningun male.
A lo que habeis preguntado
Por mi fe os digo verdade,
Que á mí dicen Valdovinos,
Que el Franco solian llamáre :
Hijo soy del Rey de Dacia,
Hijo soy suyo carnale,
Uno de los doce pares
Que á la mesa comen pane.
La reina doña Ermelina
Es mi madre naturale,
El noble Marqués de Mantua
Era mi tio carnale,
Hermano era de mi padre
Sin en nada discrepáre :
La linda infanta Sevilla
Es mi esposa sin dudáre :
Hame herido Carloto
Su hijo del Emperante,
Porque él requirió de amores
A mi esposa con maldade :
Porque no le dió su amor
Él en mí se fué á vengáre,
Pensando que por mi muerte

Con ella habia de casáre.
Hame muerto á traicion
Viniendo yo á le guardáre,
Porquel me rogó en París
Le viniese acompañáre
A dar fin á una aventura
En que se queria probáre.
Quien quier que seais, caballero
La nueva os plega lleváre
De mi desastrada muerte
A París, esa ciudade,
Y si hácia París no fuerdes,
A Mántua la iréis á dáre,
Qu'el trabajo que ende habréis
Muy bien os lo pagarane,
Y si no quisierdes paga,
Bien se os agradecerae. —
Cuando aquesto oyó el Marqués
La habla perdido hae,
En el suelo dió consigo,
La espada fué arrojáre,
Las barbas de la su cara
Empezólas de arrancare,
Los sus cabellos muy canos
Comiéndalos de mesáre.
A cabo de una gran pieza
En pié se fué á levantare ;
Allegóse al caballero
Por las armas le quitáre.
Desque le quitó el almete
Comenzóle de mirare :
Estaba en sangre bañado,
Con la color muy mortale :
Estaba desfigurado,
No lo podia figuráre,

No lo podia conocer
En el gesto ni el habláre;
Dudando estaba dudando
Si era mentira ó verdade.
Con un paño que traia
La cara le fué á limpiáre:
Desde lo hubo limpiado
Luégo conocido lo hae.
En la boca lo besaba
No cesando de lloráre,
Las palabras que decia
Dolor es de las contáre.
— ¡ Oh sobrino Valdovinos,
Mi buen sobrino carnale!
¿ Quién os trató de esta suerte?
¿ Quién os trujo á tal lugáre?
¿ Quién es el que á vos mató
Que á mí vivo fué á dejáre?
¡ Más valiera la mi muerte
Que la vuestra en tal edade!
¿ No me conoceis, sobrino?
¡ Por Dios queraisme habláre!
Yo soy el triste marqués
Que tío solíades llamáre,
Yo soy el Marqués de Mantua
Que debo de reventáre
Llorando la vuestra muerte
Por con vida no quedáre.
¡ Oh desventurado viejo!
¿ Quién me podrá conortáre?
Qu'en pérdida tan crecida
Más dolor es consoláre.
Yo la muerte de mis hijos
Con vos podria olvidáre;
Agora, mi buen señor,

De nuevo habré de lloráre.
A vos tenía por sobrino
Para mi Estado heredáre;
Agora por mi ventura
Yo vos habré de enterráre.
Sobrino, de aquí adelante
Yo no quiero vivir mase :
Vén, muerte, cuando quisieres,
No te quieras retardáre ;
¡ Mas al que ménos te teme
Le huyes por más penáre !
¿ Quién le llevará las nuevas
Amargas de gran pesáre
A la triste madre vuestra ?
¿ Quién la podrá consoláre ?
Siempre lo oí decir,
Agora veo ser verdade,
Que quien larga vida vive
Mucho mal ha de pasáre :
Por un placer muy pequeño
Pesares ha de gustáre. —
Destas palabras y otras
No cesaba de habláre
Llorando de los sus ojos
Sin poderse conortáre.
Esforzóse Valdovinos
Con el angustia mortale ;
Cuando conoció á su tio
Alivio fuera á tomáre :
Tomóle entrambas las manos,
Muy recio le fué apretáre :
Disimulando su pena
Comenzó al Marqués á habláre :
— No lloredes, señor tio,
Por Dios no queráis lloráre,

Que me dais doblada pena
Y al alma haceis penáre ;
Mas lo que yo os encomiendo
Es por mí queráis rogáre,
Y no me desampareis
En este esquivo lugare ;
Hasta que yo haya espirado,
No me querades dejáre.
Encomiándoos á mi madre
Vos la queráis consoláre,
Que bien creo que mi muerte
Su vida habrá de acabáre ;
Encomiándoos á mi esposa,
Por ella queráis miráre ;
El mayor dolor que siento
Es no le poder habláre. —
Ellos estando en aquesto
Su escudero fué á llegáre :
Un ermitaño traia
Que en el bosque fué á halláre,
Hombre de muy santa vida
Del órden sacerdotale.
Cuando llegó el ermitaño
El alba queria quebráre.
Esforzando á Valdovinos
Comenzóle amonestáre
Que olvidando aqueste mundo
De Dios se quiera acordáre.
Aparte se fué el Marqués
Por dalles mejor lugare ;
El escudero á otra parte
Tambien se fuera apartáre :
El Marqués de quebrantado
Gran sueño le fué á tomáre.
Confesóse Valdovinos

A toda su voluntad.
Estando en su confesion,
Ya que queria acabáre,
Las angustias de la muerte
Comienzan de le aquejáre :
Con el dolor que sentia
Una gran voz fuera á dáre :
Llama á su tio el Marqués,
Comenzó así de habláre :
— Adios, adios, mi buen tio,
Adios os querais quedáre,
Que yo me voy de este mundo
Para la mi cuenta dáre :
Lo que os ruego y encomiendo
No lo querais olvidáre :
Dadme vuestra bendicion,
La mano para besáre. —
Luégo perdiera el sentido,
Luégo perdiera el habláre,
Los dientes se le cerraron,
Los ojos vuelto se le hane.
Recordó luégo el Marqués,
A él se fuera á llegáre,
Muchas veces lo bendice
No cesando de lloráre.
Absolvióle el ermitaño ;
Por él comienza á rezáre.
Y á cabo de poco rato
Valdovinos fué á espiráre.
El marqués de verlo así
Amortescido se hae,
Consuélalo el ermitaño,
Muchos ejemplos le dae :
El Marqués como discreto
Acuerdo fuera á tomáre,

Pues remediar no se puede,
A haberse de conortáre.
Lo que hacía el escudero
Lástima era de miráre ;
Rascuñaba la su cara,
Sus ropas rasgado hae ,
Sus barbas y sus cabellos
Por tierra los va á lanzáre.
A cabo de una gran pieza,
Que ambos cansados estane,
El Marqués al ermitaño
Comienza de preguntáre :
— Pídoos por Dios , padre honrado,
Respuesta me queráis dáre :
¿ Dónde estamos , ó en qué reino ,
En qué señorío ó lugare ?
¿ Cómo se llama esta tierra ?
¿ Cuya es , y á qué mandáre ? —
El ermitaño responde :
— Pláceme de voluntade :
Debeis de saber , señor,
Que esta tierra sin pobláre
Otro tiempo fué poblada,
Despoblóse por gran male ,
Por batallas muy crueles
Que hubo en la cristiandade.
A esta llaman la Floresta
Sin ventura y de pesáre ,
Porque nunca caballero
En ella acaeció entráre
Que saliese sin gran daño
O desastre desiguale.
Esta tierra es del Marqués
De Mantua , la gran ciudade :
Hasta Mantua son cien millas

Sin poblado ni lugare,
Sino sola una ermita
Que á seis millas de aquí estae,
Donde yo hago mi vida
Por del mundo me apartáre.
El más cercano poblado
A veinte millas estae ;
Es una villa cercada
Del ducado de Milane.
Ved lo que quereis, señor,
En que yo os pueda ayudáre,
Que por servicio de Dios
Lo haré de voluntade,
Y por vuestro acatamiento,
Y por hacer caridade.—
El Marqués que aquesto oyera
Comenzóle de rogáre
Que no recibiese pena
De con el cuerpo quedáre,
Mientras él y el escudero
El caballo van buscáre
Que allí cerca habia dejado
En un prado á descansáre.
Plúgole al ermitaño
Allí haberlos de esperáre :
El Marqués y el escudero
El caballo van buscáre :
Por el camino do iban
Comenzóle á preguntáre :
— Dígasmе, buen escudero,
Si Dios té quiera guardáre,
¿ Qué venía tu señor
Por esta tierra buscáre,
Y por qué causa lo han muerto,
Y quién le fuera á matáre? —

Respondióle el escudero,
Tal respuesta le fué á dáre :
— Por la fe que debo á Dios
Yo no lo puedo pensáre ,
Porque no lo sé , señor ;
Lo que vi os quiero contáre.
Estando dentro en París
En cortes del Emperante ,
El príncipe don Carloto
A mi señor envió á llamáre.
Estuvieron en secreto
Todo el dia en su habláre ;
Cuando la noche cerró
Ambos se fueron armáre.
Cabalgaron á caballo,
Salieron de la ciudade
Armados de todas armas
A guisa de peleáre.
Yo salí con Valdovino
Y con don Carloto un paje :
Ayer hubo quince dias
Salimos de la ciudade.
Luégo cuando aquí llegamos
A este bosque de pesare,
Mi señor y don Carloto
Mandaron nos esperáre.
Solos se entraron los dos
Por aquel espeso valle ;
El paje estaba cansado,
Gran sueño le fué á tomáre ;
Yo pensando en Valdovinos
No podia reposáre.
Apartéme del camino,
En un árbol fuí á pujáre ,
A todas partes miraba

Cuando los veria tornáre.
A cabo de un grande rato
Caballo oí relincháre,
Vi venir tres caballeros,
Mi señor no ví tornáre.
Venian bañados en sangre,
Luégo vi mala señale;
El uno era don Carloto,
Los dos no pude notáre.
Con grande miedo que tenía
No los osé preguntáre
Do quedaba Baldovinos,
Do le fueran á dejáre:
Más abajéme del árbol,
Entré por aquel pináre;
Desque los vi trasponer
Yo comencé de buscáre
A mi señor Valdovinos,
Mas no lo podia halláre:
El rastro de los caballos
No dejaba de miráre.
A la entrada de un llano,
Al pasar de un arenale,
Vi huella de otro caballo,
Lo cual me pareció male;
Vi mucha sangre por tierra,
De que me fui á espantáre;
En la orilla del rio
El caballo fui á halláre,
Más adelante no mucho
A Valdovinos vi estáre.
Boca abajo estaba en tierra,
Ya casi queria espiráre,
Todo cubierto de sangre
Que apénas podia habláre.

Levantáralo de tierra,
Comencéle de limpiáre;
Por señas me demandó
Confesor fuese á buscáre.
Esto es, noble señor,
Lo que sé deste gran male. —
En estas cosas hablando
El caballo van topáre,
Cabalgó en él el Marqués,
Las ancas le fué á tomáre:
A do quedó el ermitaño
Presto tornado se hane.
Desque hablaron un rato
Acuerdo van á tomáre
Que se fuesen á la ermita,
Y el cuerpo allá lo lleváre.
Pónenlo encima el caballo,
Nadie quiso cabalgáre.
El ermitaño los guía,
Comienzan de camináre;
Llevan vía de la ermita
Aprisa y no de vagáre.
Desque allá hubieron llegado
Van el cuerpo desarmáre.
Quince lanzadas tenía,
Cada una era mortale,
Que de la menor de todas
Ninguno podria escapáre.
Cuando así lo vió el Marqués
Traspasóse de pesáre,
Y á cabo de una gran pieza
Un gran suspiro fué á dáre.
Entró dentro en la capilla,
De rodillas se fué á hincáre,
Puso la mano en un ara

Que estaba sobre el altare,
Y en los piés de un crucifijo
Jurando, empezó de habláre.
— Juro por Dios poderoso,
Por Santa María su Madre,
Y al santo Sacramento
Que aquí suelen celebráre,
De nunca peinar mis canas,
Ni las mis barbas cortáre;
De no vestir otras ropas,
Ni renovar mi calzáre;
De no entrar en poblado,
Ni las armas me quitáre,
Sino fuere una hora
Para mi cuerpo limpiáre;
De no comer en manteles,
Ni á mesa me sentáre,
Hasta matar á Carloto
Por justicia ó peleáre,
O morir en la demanda
Manteniendo la verdade:
Y si justicia me niega
Sobre esta tan gran maldade,
De con mi Estado y persona
Contra Francia guerreáre,
Y manteniendo la guerra
Morir ó vencer sin páre.
Y por este juramento
Prometo de no enterráre
El cuerpo de Valdovinos
Hasta su muerte vengáre.—
De que aquesto hubo jurado
Mostró no sentir pesáre;
Rogando está el ermitaño
Que le quisiese ayudáre

Para llevar aquel cuerpo
Al más cercano lugáre.
El ermitaño piadoso
Su bestia le fué á dejáre ;
Amortajaron el cuerpo,
En ella vanlo á posáre :
Con armas de Valdovinos
El Marqués se fué á armáre :
Cabalgára en su caballo,
Comienza de camináre.
Camino van de la villa
Que arriba oistes nombráre ;
Con él iba el ermitaño
Por el camino mostráre.
Ántes que á la villa lleguen,
Una abadía van halláre
De la órden de San Bernardo
Que en una montaña estae,
A la bajada de un puerto
Y á la entrada de un lugáre.
Allá se fué el Marqués
Y allí acordó quedáre
Por estar más encubierto,
Y el cuerpo en guarda dejáre
Hasta hacelle un ataud
Y habello de embalsamáre.
Al ermitaño rogaba
Dineros quiera tomáre ;
Desque dineros no quiso
Sus ricas joyas le dae :
No quiso ninguna cosa,
Su bestia fué á demandáre :
Despidióse del Marqués,
A Dios le fué á encomendáre.
Despues de ser despedido

Para su ermita se vae ;
Por el camino do vuelve
A muchos topado hae
Que al Marqués iban buscando,
Llorando por le halláre.
Muchos por él preguntaban,
Las señales ciertas dane,
Por las señas que le dieron
El conocido le hae,
Y á todos les respondía :
— Yo os digo cierto verdade,
Que un hombre de tales señas,
Que no sé quién es ni cuále,
Dos dias há que le acompaño
Sin saber adónde vae :
Dejélo en un abadía
Que dicen de Flores Valle,
Con un caballero muerto
Que acaso fuera á halláre :
Si allá quereis ir, señores,
Hallaréislo de verdade.

VALDOVINOS. — II.

De Mantua salen apriesa
Sin tardanza ni vagáre
Ese noble conde Dirlos,
Visorey de allende mare,
Con el Duque Don Sanson,
De Picardía naturale :
Camino van de París,
Aunque ninguno lo sabe,
Qu'el Marqués Danes Urgel
Los envia con mensaje

A ese alto Emperador
Que estaba en París la grande.
Llegados son á París
Sin mucho tiempo tardáre.
Caballeros son de estima,
De grande estado y linaje,
De los doce que á la mesa
Redonda comian pane.
Los grandes que lo supieron
Salen por los compañére.
Cuando entraron en París
Vanse al palacio reale ;
Preguntan por el Emperador
Para habelle de habláre.
De que lo supo Don Cárlos
Luégo los mandó entráre ;
Desque son delante dél
Las rodillas van hincáre ;
Demandáronle las manos,
Mas no se las quiso dáre ;
Mandóles alzar de tierra,
Comenzólos preguntáre :
— ¿ De dónde venides, Duque ?
¿ De qué parte ó qué lugáre ?
¿ Dónde habeis estado, Conde ?
¿ Venis de allende la mare ? —
Respondieron ambos juntos,
Presto tal respuesta dane :
— En Francia habemos estado,
En Mantua, esa ciudade,
Con el Marques Danes Urgel
Por le haber de acompañáre.
La embajada que traemos,
Señor, queraisla escucháre :
Mandad salir todos fuera,

No quede sino Roldane,
Que despues siendo contento,
Bien se podrá publicáre. —
Todos se salieron luégo
De la cámara reale,
Todos cuatro quedan solos,
Las puertas mandan cerráre.
De rodillas por el suelo
El Conde comenzó á habláre :
— ¡ Oh muy alto Emperador,
Sacra real majestade!
Tu vasallo soy, señor,
Y de Francia naturale ;
Pues vengo por mensajero
Licencia me manda dáre
Para decir mi embajada,
Si no recibes pesare. —
Respondió el Emperador
Sin el semblante mudáre :
— Decid, Conde, qué quereis,
Pues no os cumple receláre ;
Bien sabeis qu'el mensajero
Licencia tiene de habláre :
Al amigo y enemigo
Siempre se debe escucháre,
Por amistad al amigo,
Y al otro por se avisáre. —
Levantóse luégo el Conde,
Una carta fué á mostráre,
La cual era de creencia,
Dióla en manos de Roldane :
Comenzó de hacer su habla
Con discreto razonáre.
— Creyendo hacer más servicio
A tu sacra majestade,

Acepté, señor, el cargo
De este mensaje explicáre,
Porque sin pasión ninguna
La verdad podré contáre,
Segun que vengo informado,
Sin añadir ni quitáre.
La embajada que yo traigo
Es justicia demandáre
Del infante Don Carloto,
Tu propio hijo carnale.
Dicen que él mató sin culpa
A Valdovino el infante,
Hijo del buen rey de Dacia,
Tu vasallo naturale;
Y matóle con aleve,
Con engaño y falsedade,
Rogándolo que se fuese
Con él á le acompañáre.
Por casarse con su esposa
Dicen que le fué á matáre :
De este delito se quejan
Muchos hombres de linaje,
Que son parientes del muerto,
Y se sienten de tal male.
El Marqués Danes Urgel
Se muestra más principale,
Por ser tío de Valdovinos,
Hermano del Rey su padre.
Demas de ser su pariente,
Tiene muy mayor pesáre
Porque lo halló herido,
Casi á punto de espiráre,
En un bosque muy esquivo,
Apartado de lugare.
El mismo le contó el caso,

A él se fué encomendáre,
En sus brazos espiró,
Razon es no le olvidáre :
Y ese maestro de Rodas
Urgel de la fuerza grande,
Que es primo del Marqués,
Tio tambien del Infante :
O ese duque de Baviera
Don Naimo el singulare,
Abuelo de Valdovinos,
Padre carnal de su madre :
Y ese rey de Sansueña,
Tu vasallo naturale,
Padre de la infanta Sevilla
Que cristiana se fué á tornáre
Por amor de Valdovinos
Para con él se casáre ;
Y otros muchos caballeros
Tambien se van á quejáre,
Los unos por parentesco,
Los otros por amistade ;
Sobre todos esa reina
Doña Ermelina, su madre.
Tus naturales y extraños
Tambien te envian á suplicáre
Que si tu hijo los mata
¿ Quién los ha de defensáre ?
Si no mantienes justicia
Dejarán su naturale,
Y se partirán de Francia
A otros reinos á moráre.
El caso es abominable,
Y terrible de contáre ;
Y si tal cosa es, señor,
Bien lo debes castigáre.

Acuérdate de Trajano
En la justicia guardáre,
Que no dejó sin castigo
Su único hijo carnale;
Aunque perdonó la parte,
El no quiso perdonáre.
Si niegas, señor, justicia,
Mucho te podrán culpáre,
Que tal caso como éste
No es para dejar pasáre.
¡Mira bien, señor, en ello!
Respuesta nos manda dáre. —
Turbóse el Emperador,
Que apénas pudo habláre:
La mano tenía en la barba,
Muy pensativo ademase.
A cabo de una gran pieza
Tal respuesta le fué á dáre:
— ¡Si lo que habeis dicho, Conde,
Se puede hacer verdade,
Mas quisiera que mi hijo
Fuera el muerto sin dudáre!
El morir es una cosa
Que á todos es naturale,
La memoria queda viva
Del que muere sin fealdade;
Del que vive deshonorado
Se debe tener pesare,
Porque así viviendo muere
Olvidado de bondade.
Decidle, Conde, al Marqués
Y á cuantos con él estane;
Que el pesar que desto tengo
No lo puedo demostráre:
Mas yo daré tal ejemplo

En esta muerte vengáre,
Que la pena del delito
Sobrepuje á la maldade,
Porque todos se escarmienten
Cuantos lo oyeren nombráre.
Vengan á pedir justicia,
Que yo la haré guardáre
Como es costumbre de Francia
Usada de antigua edade :
Si buena verdad trujeren
En mi córte se verae ;
Do mi persona estuviere
La justicia será iguale,
Así al pobre como al rico ,
Así al chico como al grande,
Y tambien al extranjero ,
Como al propio naturale.
Más quiero dejar memoria
De grande riguridade,
Que dejar sin dar castigo,
Al que comete maldade,
Aunque sea mi propio hijo
Que me tenía de heredáre. —
Cuando esto oyó el Conde
Las manos le fué á besáre ;
Alabando su respuesta,
El Duque comenzó habláre :
— Siempre, señor, confiamos
De tu inclita bondade
Que por mantener justicia
Tal respuesta habias de dáre ;
Mas porque el caso requiere
En sí mesmo gravedade,
Y por ser cosa de hijo
Tú no lo debes juzgare ;

El Marqués Dánes Urgel
Te envía á suplicáre,
Que porque él tiene jurado
De en poblado nunca entráre
Hasta que alcance derecho
De Carloto el infante,
Y él mismo tiene de ser
El que lo ha de acusáre,
Que no quieras ser presente
Para haber de sentenciáre;
Mas que nombres caballeros
Que puedan determináre,
Segun costumbre de Francia,
Entre hombres de linaje,
Y que los que señaláredes
Para este caso miráre,
Sean caballeros de estado
De tu consejo imperiale,
Y que hagan juramento
De administrar la verdade,
Y tu majestad provea
De señalar un lugare
En el campo, sin poblado,
A do se haya de juzgáre
Para oír ambas las partes
Hasta ejecucion finale.
Porque el Marqués trae gentes
Para se haber de guardáre
De quien algo le quisiere
Y le hubiere de enojáre,
Y sus parientes y amigos
Vienen por le acompañáre,
Y entre ellos viene Renaldos,
El señor de Montalvane,
El cual está puesto en bandos

Con tu sobrino Roldane.
Porque no sabe el Marqués
Si recibirás pesáre,
No quiere venir con gentes
Sin saber tu voluntade.
Pues viene á pedir justicia
Y no para guerreáre ;
Pide, señor, le asegures
Y á cuantos con él vernane,
Miéntras que el pleito duráre
Seguro les mandes dáre
Para venida y estada,
Y despues para tornáre,
No porque él tema á ninguno,
Ni haya de quién receláre ;
Mas por cumplir lo que debe
A tu sacra majestade.
D'esta manera , señor,
El vendrá sin detardáre ,
Que ya es partido de Mantua ,
No cesa de camináre.
Don Renaldos le aposenta
Sin hacer daño ni male,
En tierras de señoríos
Todos recaudo le dane ,
Pagando de sus dineros
Lo acostumbrado pagáre.
Para pasar por tus tierras
Licencia les manda dáre ;
Y todos los bastimentos
Que hubiere necesidad
Pagando lo que valiere
Non se les deben negáre. —
Al Emperador le plugo ,
Todo lo fué así otorgáre ;

— El Marqués venga seguro
Y cuantos con él vernanen.
Venga siquiera de guerra,
O como le placeáre,
Yo lo tomo so mi amparo,
So mi corona reale.
Porque más seguro venga
Este mi anillo tomade ;
Todo lo que yo os prometo
Siempre hallaréis verdade :
La licencia que pedis
Soy contento de os la dáre ;
Ordenadlo á vuestra guisa,
Que así lo quiero firmáre. —
Sacó un anillo de oro
Con el sello imperiale ;
El Duque lo tomó luégo,
Las manos le fué á besáre.
Al Emperador despiden,
A sus posadas se vane :
Don Roldan quedó enojado,
Mas no lo quiso mostráre.
Luégo se supo en la córte
Todo lo que fué á pasáre,
La embajada que traian,
Lo que venian á demandáre.
Mucho pesa á Don Carloto,
Quiérello disimuláre ;
Fuese al Emperador
A haberse de desculpáre ;
Mas nunca lo quiso oír
Sino en consejo reale.
La audiencia que le dió
Fué mandarlo aprisionáre
Hasta ser determinada

Por su córte la verdade.
Presp ya y puesto á recaudo,
En guarda lo fuera dáre
A Don Renaldos de Belanda,
Que Ayuelos suelen llamáre,
Gran Condestable de Francia,
Y en córtes gran Senescale.
Mucho pesaba á los grandes
Que le tenian amistade,
Sobre todos le pesaba
A ese paladin Roldane.
Todos buscaban maneras
Para le haber de soltáre;
Mas nunca el Emperador
A alguno quiso escucháre.
Cuanto más por él le ruegan,
Tanto más lo hace guardáre.
Cada dia entra en consejo,
Las leyes hacía miráre,
Quien tal crimen cometia
Qué pena le habia de dáre.
Estando en esto las cosas
El Marqués fuera á llegáre
A tres millas de París
A vista de la ciudade:
No quiso pasar delante,
Mandó asentar su reale.
Apositóle Renaldos
Ribera de un rio caudale,
Do mejor le pareció
Y más seguro lugare,
Y él adelante pasó
Una milla ó poco mase.
Armaron luégo su tienda,
Su bandera mandó alzáre;

La gente de la ciudad
Todos iban á miráre
El gran campo del Marqués,
Su concierto singulare,
La diversidad de gentes,
La órden qu'el Marqués trae.
Muchos grandes y señores
Al Marqués iban á habláre
Por probar algun concierto
Y saber su voluntade.
El estábase en su tienda,
En aquel estado grande,
Armado de todas armas,
Y descubierta la face,
El athaud allí delante
Por mas dolor demostráre,
La madre de Valdovinos
Y su esposa allí á la páre
De aquella forma y manera
Que arriba oistes nombráre.
Los que venian á la tienda
Para el Marqués visitáre,
De que le veian armado
Y de aquella forma estáre,
Habian dél compasion,
Llegaban por le habláre.
Recebíalos muy bien,
Cabe él los hacia sentáre;
El caso como pasára
A todos iba á contáre.
Quando algo le rogaban
Mostraba mucho pesáre;
Rogaba con cortesía
Le quisiesen perdonáre
Por no poder complacerlos

Como era su voluntad,
Porque él se habia quitado
Sobre esto la libertad.
El juramento que hizo
A todos hacía mostráre,
Porque no tuviesen causa
Sobre ello de importunáre.
Los grandes que allí venian
No le querian fatigáre,
Ni querian sobre tal caso
El su dolor renováre.
Volvíanse para Paris
Pensativos ademase,
Diciendo tener razon
El Marqués de se vengáre
De un tan grave delito,
Y hacello bien castigáre.
Cuando el Emperador supo
Que el Marqués fuera á llegáre,
Mandó llamar al consejo
En su palacio imperiale.
Mandó cuando fueron juntos
Embajadores llamáre :
La embajada que trajeron
Tornasen á recontáre.
Levantóse el conde Dirlos
Comenzóla de explicáre :
De que la hubo acabado
Tornóse luégo á sentáre.
Todos se maravillaban
De oir tan gran maldade ;
De amor del Emperador
Todos recibian pesáre,
Mirábanse unos á otros,
A todos parecia male.

Antes que hablase ninguno
El Emperador fué habláre.
— Lo que aquí pide el Marqués
Por primero y principale,
Es que yo le nombre jueces
Para esto determináre :
Por ser caso de Carloto
Presente no quiero estáre ;
Para mejor señalarlos
Yo les daré potestade
Que administren la justicia
En su conciencia y verdade. —
A todos está mirando,
Y empiézales de habláre :
— Los jueces que yo le nombro
Para justicia guardáre
El uno es Dardin Dardeña,
Que Delfin suelen llamáre,
De tres estados de Francia,
El primero en consejáre ;
El otro el conde de Flándes,
Don Alberto el singulare,
Uno de los tres estados,
Y primero en el mandáre ;
Otro el duque de Borgoña,
Primero estado en juzgáre,
Riguroso y justiciero,
En mis reinos principale ;
El otro el duque Don Cárlos,
Mi sargento generale ;
Otro el duque de Borbon,
Mi cuñado Don Grimalte ;
El otro el conde de Foy,
Y el buen viejo Don Beltrane ;
Otro sea Don Reynero

Llamado duque de Aste,
Y el conde Don Galalon
De Alemaña principale;
Otro el duque Vibiano
De Agramonte naturale,
Asistente de mi córte
Para los pleitos juzgáre;
Otro el duque de Saboya,
Que venturas fué á buscáre,
Y en las más partes del mundo
Trances ha visto pasáre;
Otro el duque de Ferrara,
Esa nombrada ciudade,
Don Arnao el gran Bastardo,
Así se hace intitulare;
Otro sea Don Guarinos,
Almirante de la mare,
De todas flotas y armadas
Sobre todos generale.
Y nombro por presidente
Para en mi lugar estáre
Don Renaldos de Belanda,
De Francia gran condestable.
Para ello le doi mi cetro,
Poder soluto en mandáre.
Todos estos juntos puedan
Absolver y sentenciáre
Esto que pide el Marqués
Como se debe juzgáre,
Si por prueba de testigos
O trance de peleáre.
Yo les doi mi comision
Con poder y facultade,
Que la sentencia que dieren
La puedan ejecutáre,

Segun costumbre de Francia,
Por su propia autoridade,
Dando la pena y castigo
A quien la hubieren de dáre,
Así por vía de justicia,
Como por en campo entráre;
A cual puedan ser presentes,
Y en mi nombre asegurare
Al Marqués Danes Urgel
Y á cuantos con él estane,
Mas que á mi persona propia
Nadie pueda demandáre. —
Así como aquí lo dijo
A todos los va á mandáre,
So pena de ser traidor
Quien lo osare quebrantáre.

VALDOVINOS. — III.

En el nombre de Jesus
Que todo el mundo ha formado,
Y de la Virgen su Madre,
Que de niño lo ha criado:
Nosotros Dardin Dardeña,
Delfin en Francia llamado;
Don Alberto y Don Reynero,
De tres estados nombrado:
El conde de Flándes viejo,
Consejero delegado,
Con el duque de Borgoña,
El primero en el juzgado,
Con el buen duque Don Carlos,
El regente, el sargentado;
Con el duque de Borbon

Don Grimalte, fiel cuñado
Del muy alto emperador,
Con la su hermana casado;
El buen viejo Don Beltrane
Con el conde de Foyxano,
Y el conde Don Galalon,
Con el duque de Vibiano;
Con el duque de Saboya,
Que venturas ha buscado;
Con el duque de Ferrara
Don Arnao, el gran Bastardo;
El almirante Guarinos,
En los mares estimado;
Don Renaldos de Belanda,
Condestable diputado
En el lugar y mandar
Del sumo emperador Carlo:
Todos juntos en consejo
Y acuerdo deliberado,
Vista la requisicion
Qu'el buen Marqués nos ha dado;
Vista tambien la demanda
Qu'él mesmo ha procesado;
Vistas todas las respuestas
Que Don Carloto ha enviado,
El proceso todo entero
Con gran fe desanimado,
Lo que venía de justicia
Y de derecho mirado,
Ni al uno por el otro
El derecho no quitado;
Teniendo á Dios en la piensa
Y en los ojos presentado:
Visto que claro parece
Por lo que se ha alegado,

Que segun la ley divina
Quien mata ha de ser matado,
Con cuchillo ó sin cuchillo
A tal acto ejercitado ;
Y visto que traicion
Don Carloto ha intentado
En matar á Valdovinos
En un bosque despoblado ,
Segun que claro se muestra
Por la confesion que ha dado
Don Carloto á la demanda
Qu'el Marqués ha presentado ;
Visto que punto por punto
El delito ha confesado
Por la pena del tormento ,
Aunque lo habia negado ;
Y visto que nada obsta
Qu'él le haya sojuzgado
A la real audiencia ,
Pues que le han perdonado :
Lo que viene de justicia ,
Nada otro no mirado ,
Por esta nuestra sentencia ,
Cada cual bien informado
Del hecho de la verdad ,
Segun que se ha confesado ,
Condenamos á Carloto :
Primero , á ser arrastrado
Por el campo y por la arena
Por un rocin mal domado :
Despues de lo cual queremos
Que sea descabezado
En un alto cadahalso ,
Do pueda ser bien mirado
De fuera de la ciudad

Por donde será llevado ;
Despues de lo cual cumplido ,
Y a questo ser acabado ,
Le corten manos y piés ,
Porque quede más pagado ,
Y despues de a questo hecho
Que sea descuartizado :
Lo cual cumplido , queremos
Sea un edificio obrado
De piedra muy bien labrada
Y de canto bien picado ,
Que sea en lo venidero
Memoria de lo pasado
Del caso de Valdovinos
Y de cómo fué vengado.—
Don Carloto temeroso,
Aunque era muy esforzado,
Tremecióse cuando oyó
Lo que se ha publicado.
Esforzóse cuanto pudo.
Una pluma ha demandado ;
Diéronle tinta y papel ,
Una carta ha ordenado ;
Con un paje que allí estaba
A Don Roldan la ha enviado.
Nadie sabe lo que envia ,
Para vello se ha apartado
Don Roldan, leyó la carta,
Todo se ha alterado :
Él de cierto bien quisiera
Dar remedio en lo rogado.
Doloroso y pensativo
Un poco tiempo ha quedado,
Duda si deberá hacer
Lo que le fué suplicado ,

Ó si deba dar desvío
A lo que le es recitado.
Hallóse puesto en gran duda,
En gran estrecho y cuidado ;
El amor dice que haga,
El temor teme el mandado
D'ese sumo Emperador
Que al Marqués ha asegurado :
Mas al fin quiere la sangre
Perder por la sangre estado.
Delibera hacer respuesta,
Que no esté atemorizado,
Que con parientes y amigos
Él saldrá al campo armado
Con el deseo de perder
La vida ó ser remediado.
Sin que gran rato pasase
Fué Don Cárlos informado
De lo que ordena Roldan,
De lo que fué algo gozado.
Quiérelo disimular,
Mas no pudo ser celado.
Allégase el Condestable,
Y el papel le ha tomado.
Leído que fué el papel,
Por París se ha divulgado
Que Don Roldan hace gente
Y que ejército ha juntado.
El Emperador lo sabe,
Al Marqués ha avisado,
Manda poner á Carloto
Apercibido recaudo.
Pregonan por la ciudad
De que nadie sea osado,
So pena perder la vida,

De al otro dia ir armado.
A Roldan envió á decir
Que sólo no sea osado
De más estar en Paris
Hasta un año pasado,
So pena de ser traidor
Y por traidor publicado.
El Marqués qu'el caso siente
A Reinaldos ha enviado
Que á otro dia amaneciendo
Sea sin falta llegado
A las puertas de Paris
Con tres mil hombres d'estado ;
De á caballo lleve mil,
Y que no sea mudado
Hasta tanto que Carloto
En medio será tomado ,
Y en el cadalso sea puesto
Para que fué sentenciado,
Y que á cualquiera que venga
Defienda lo encomendado.
Otro dia de mañana
Todo así fué acabado.
Ya sacaban á Carloto
Con fierros muy bien ferrado,
Los pregoneros delante
Su gran maldad publicando,
Cuando fueron á la puerta
Don Reinaldos lo ha tomado,
Y en medio toda su gente
Lo ha bien aposentado.
Cuando están en el lugar
Do ha sido sentenciado,
Delante toda Paris
Quedó todo ejecutado,

Segun que por la sentencia
Fué proveido y mandado.
Así murió Don Carloto,
Quedándose alevosado,
Y Valdovinos viviendo,
Aunque murió muy honrado.

VALDOVINOS. — IV.

Nuño Vero, Nuño Vero,
Buen caballero probado,
Hinquedes la lanza en tierra
Y arrendedes el caballo;
Preguntaros he por nuevas
De Valdovinos el franco.
—Aquesas nuevas, señora,
Yo bien las diré de grado.
Esta noche á media noche
Entramos en cabalgada,
Y los muchos á los pocos
Lleváronnos de arrancada;
Hirieron á Valdovinos
De una mala lanzada;
La lanza tenía dentro,
De fuera le tiembla el asta.
Su tio el Emperador
A penitencia le daba,
O esta noche morirá,
O de buena madrugada.
Si te pluguiese, Sevilla,
Fueses tú mi enamorada.
Amédesme, mi señora,
Que en ello perderéis nada.
—Nuño Vero, Nuño Vero,

Mal caballero probado,
Yo te pregunto por nuevas,
Tú respóndesme al contrario
Que aquesta noche pasada
Connigo durmiera el Franco :
El me diera una sortija,
Yo le dí un pendon labrado.

VALDOVINOS.—V.

Grande estruendo de campanas
Por todo París habia ,
Su doloroso sonido
Las piedras entristecia
Por muerte de un caballero,
Valdovinos se decia ;
Uno era de los doce ,
Y de reyes descendia.
Ya lo llevan á enterrar
Con gran pompa en demasia.
Grandes mortajas y lutos,
Mucha gente le seguia.
El gran número de hachas
Vence la lumbre del dia ;
Cien pajes cabe la tumba
Que le llevan compañía ;
Muchos duques, muchos condes
Muy grande caballería.
Cantándole va responses
Infinita clerecía :
El gran cardenal de Ostía
Por presbítero venía ;
El Arzobispo de Milan
De diácono servía ;

Por subdíacono de ellos
El Obispo de Aux venía.
Allá en San Juan de Letran
El aparato se hacía
De una rica sepultura
Que á las del mundo excedía.
Todo era de piedra jaspe
Y hermosa mazonería,
Y unas columnas de mármol
En donde se sostenía.
Hechas pues ya las obsequias
Como á él pertenecía,
Cíñenle estoque dorado
De muy gran precio y valía ;
Métenle yelmo muy rico
De infinita pedrería ;
En hábito militar,
Y armado por esta vía
Lo meten en el sepulcro,
Como usarse solía ;
Quedando el cuerpo con fama,
Con gloria el alma subía.

EL CONDE CLAROS.

Media noche era por hilo,
Los gallos querían cantar,
Conde Claros por amores
No podía reposar :
Dando muy grandes suspiros
Que el amor le hacía dar,
Porque amor de Claraniña
No le deja sosegar.
Cuando vino la mañana

Que queria alborear,
Salto diera de la cama
Que parece un gavilan.
Voces da por el palacio,
Y empezára de llamar :
— Levantaos, mi camarero,
Dadme vestir y calzar.—
Presto estaba el camarero
Para habérselo de dar :
Diérale calzas de grana,
Borceguís de cordoban ;
Diérale jubon de seda
Aforrado en zarzahan ;
Diérale un manto muy rico
Que no se puede apreciar ;
Trescientas piedras preciosas
Al derredor del collar ;
Tráele un rico caballo
Que en la córte no hay su par,
Que la silla con el freno
Bien valía una ciudad,
Con trescientos cascabeles
Alrededor del petral ;
Los ciento eran de oro,
Y los ciento de metal,
Y los ciento son de plata
Por los sonos concordar.
Ibase para el palacio,
Para el palacio real,
Y á la infanta Claraniña
Allí la fuera á hablar :
Trescientas damas con ella
Que la van á acompañar.
Tan linda va Claraniña,
Que á todos hace penar.

Conde Claros que la vido
Luégo va á descabargar;
De rodillas en el suelo
Le comenzó de hablar:
—Mantenga Dios á tu Alteza.
—Conde Claros, bien vengais.—
Las palabras que prosigue
Eran para enamorar.
—Conde Claros, conde Claros,
El señor de Montalvan,
¡Cómo habeis hermoso cuerpo
Para con moros lidiar!—
Respondiera el conde Claros,
Tal respuesta le fué á dar:
—Mejor le tengo, señora,
Para con damas holgar.
Si yo os tuviera esta noche,
Mi señora, á mi mandar,
Querria la otra mañana
Con cient moros pelear;
Y si á todos no venciese
Que me mandasen matar.
—Callede, conde, callede,
Y no os querais alabar:
El que quiere servir damas
Así lo suele hablar,
Y al entrar en las batallas
Bien se saben excusar.
—Si no lo creéis, señora,
Por las obras se verá:
Siete años son pasados
Que os empecé de amar,
Que de noche yo no duermo,
Ni de dia puedo holgar.
—Siempre os preciasteis, Conde,

De las damas os burlar :
Mas déjame ir á los baños,
A los baños á bañar ;
Cuando yo sea bañada
Estoy á vuestro mandar.—
Respondiérale el buen Conde ,
Tal respuesta le fué á dar :
—Bien sabedes vos, señora,
Que soy cazador real ;
Caza que tengo en la mano
Nunca la puedo dejar.—
Tomárala por la mano,
Y para un verjel se van.
A la sombra de un cipres
Y debajo de un rosal,
Dende la cintura arriba
Tan dulces besos se dan,
Dende la cintura abajo
Como hombre y mujer se han.
Mas fortuna que es adversa
A placeres, y á pesar
Allí trujo un cazador,
Que no debia pasar,
Detras de una podenca,
Que rabia debia matar.
Vido estar al conde Claros
Con la Infanta á lindo holgar.
El Conde cuando lo vido
Empezóle de llamar.
Vén acá tú, el cazador,
Si Dios te guarde de mal :
De todo lo que has visto
Que nos guardes poridad.
Daréte mil marcos de oro,
Y si más quisieres, más ;

Casarte he con una doncella
Que era mi prima carnal :
Darte he en arras y en dote
La villa de Montalvan .
De otra parte la Infanta
Mucho más te puede dar.—
El cazador sin ventura
No les quiso no escuchar :
Vase para los palacios
Adonde el buen Rey está.
—Manténgate Dios, el Rey,
Y á tu corona real :
Una nueva yo te traigo
Dolorosa y de pesar.
No te cumple traer corona,
Ni en caballo cabalgar ;
La corona á la cabeza
Bien se la puedes quitar,
Si tal deshonra como esta
La hubiese de comportar ;
Que he hallado la Infanta
Con Claros de Montalvan,
Besándola y abrazándola
En vuestro huerto real.
Desde la cintura abajo
Como hombre y mujer se han.—
El Rey con muy grande enojo
Mandó al cazador matar,
Porque habia sido osado
De tales nuevas llevar.
Mandó llamar alguaciles
Apriesa, no de vagar ;
Mandó armar quinientos hombres
Que lo hayan de acompañar
Para que prendan al Conde

Y le hayan de tomar,
Y mandó cerrar las puertas,
Las puertas de la ciudad.
A las puertas de palacio
Allá le fueron á hallar.
Preso llevan al buen Conde
Con mucha seguridad
Unos grillos á los piés,
Que bien pesan un quintal ;
Las esposas á las manos,
Que era dolor de mirar ;
Una cadena á su cuello,
Que de hierro era el collar ;
Cabálganle en una mula
Por más deshonra le dar :
Metieronle en una torre
De muy gran escuridad :
Las llaves de la prision
El Rey las quiso llevar,
Porque sin licencia suya
Nadie le pudiese hablar.
Por él rogaban los grandes
Cuantos en la córte están,
Por él rogaba Oliveros,
Por él rogaba Roldan,
Y ruegan los doce Pares
De Francia la natural ;
Y las monjas de Sant Ana
Con las de la Trinidad
Llevaban un crucifijo
Para al Rey poder rogar.
Con ellas va el Arzobispo
Y un Prelado y Gárdenal ;
Mas el Rey con grande enojo
A nadie quiso escuchar,

Antes de muy enojado
Sus Grandes mandó llamar.
Cuando ya los tuvo juntos
Empezóles de hablar :
—Amigos y hijos míos.
A los que os hice llamar,
Ya sabeis que el conde Claros,
El señor de Montalvan,
De niño yo le he criado
Hasta ponello en edad,
Y le he guardado su tierra,
Que su padre le fué á dar,
El que morir no debiera,
Reinaldos de Montalvan,
Y por hacello más grande,
De lo mio le quise dar.
Hícele gobernador
De mi reino natural;
El por darme galardón
Mirad en que fué á tocar,
Que quiso forzar la infanta,
Hija mia natural.
Hombre que lo tal comete
¿Qué sentencia le han de dar?
Todos dicen á una voz
Que lo hayan de degollar,
Y así la sentencia dada
El buen Rey la fué á firmar.
L'Arzobispo qu'esto viera
Al buen Rey se fué á hablar,
Pidiéndole por merced
Licencia le quiera dar
Para ir á ver al Conde
Y su muerte le anunciar.
Pláceme, dijo el buen Rey,

Pláceme de voluntad ;
Mas con esta condicion :
Que sólo habeis de andar
Con aqueste pajecico
De quién puedo bien fiar.—
Ya se parte el Arzobispo
Y á las cárceles se va ;
Cuando las guardas le vieron
Luégo le dejan entrar ;
Con él iba el pajecico
Que le va á acompañar.
Cuando vido estar al Conde
En su prision y pesar,
Las palabras que le dice
Dolor eran de escuchar.
—Pésame de vos, el Conde,
Cuanto me puede pesar,
Que los yerros por amores
Dignos son de perdonar.
La desastrada caída
De vuestra suerte y ventura,
Y la nueva á mi venida,
Sabed que hace mi vida
Más triste que la tristura,
De forma que no sé dónde
Pueda yo placer cobrar ;
Y como á vos no se esconde,
«De vos me pesa, buen Conde,
»Porque así os quieren matar.»
Los como vos esforzados,
Para las adversidades
Han de estar aparejados,
Tanto á sufrir los cuidados,
Como las prosperidades.
Pues el primero no fuistes

Vencido por bien amar,
No temáis angustias tristes :
«Que los hierros que hicistes
Dignos son de perdonar.»
Por vos he rogado al Rey,
Nunca me quiso escuchar,
Antes ha dado sentencia
Que os hayan de degollar ;
Yo os lo dije bien, sobrino,
Que os dejásedes de amar,
Que el que á las mujeres ama
A tal galardón le dan,
Que haya de morir por ellas
Y en las cárceles penar. —
Respondió presto el buen Conde
Con esfuerzo singular,
—Callede por Dios, mi tío,
No me queráis enojar :
Quien no ama á las mujeres
No se puede hombre llamar ;
Mas la vida que yo tengo
Por ellas quiero gastar. —
Respondióle el pajecico,
Tal respuesta le fué á dar.
—Conde, bienaventurado
Siempre os deben de llamar,
Porque muerte tan honrada
Por vos habia de pasar ;
Más envidia he de vos, Conde,
Que mancilla ni pesar :
Más quisiera ser vos, Conde,
Que el Rey que os manda matar,
Porque muerte tan honrada
Por mi hubiese de pasar.
Llama hierro la fortuna

Quien no la sabe gozar,
Que la priesa del cadahalso
Vos, Conde, la debeis dar ;
Sino es dada la sentencia,
Vos la debeis de firmar.—
El Conde cuando esto oyera
Tal respuesta le fué á dar :
— Ruégote por Dios, el paje,
En amor de caridad,
Que vayas á la princesa
De mi parte á le rogar,
Que suplico á la su Alteza
Que ella me salga á mirar,
Que en la hora de mi muerte
Yo la pueda contemplar,
Que si mis ojos la ven,
Mi alma no ha de penar.—
Ya se parté el pajecico,
Ya se parte, ya se va,
Llorando de los sus ojos,
Que queria reventar.
Topára con la princesa,
Bien oiréis lo que dirá :
— Agora es tiempo, señora,
Que hayais de remediar,
Que á vuestro querido el Conde
Lo llevan á degollar.—
La Infanta que aquesto oyera
En tierra muerta se cae ;
Damas, dueñas y doncellas
No la pueden retornar,
Hasta que llegó su aya
La que le fuera á criar.
— ¿Qué es aquesto, la Infanta?
Aquesto, ¿qué puede estar?

— ¡ Ay de mí triste , mezquina,
Que no sé qué puede estar !
¡ Que si á mi Conde me matan
Yo habré de desesperar !
— Saliédes vos , mi hija ,
Saliédeslo á quitar .—
Ya se parte la Infanta,
Ya se parte , ya se va :
Fuese para el mercado
Donde lo han de sacar :
Vido estar el cadahalso
En que lo han de degollar,
Damas , dueñas y doncellas
Que lo salen á mirar.
Vió venir la gente d'armas
Que lo traen á matar,
Los pregoneros delante
Por su hierro publicar :
Con el poder de la gente
Ella no podia pasar.
— Apartaos , gente d'armas,
Todos me haced lugar,
¡ Si no !... ¡ por vida del Rey,
A todos mande matar ! —
La gente que la conoce
Luégo le hace lugar,
Hasta que llegó al Conde
Y le empezára de hablar :
— Esforzá , esforzá el buen Conde,
Y no queráis desmayar,
Que aunque yo pierda la vida,
La vuestra se ha de salvar .—
El alguacil que esto oyera
Comenzó de caminar ;
Vase para los palacios

Adonde el buen Rey está.
—Cabalgue la vuestra Alteza,
Apriesa, no de vagar,
Que salida es la Infanta
Para el Conde nos quitar :
Los unos manda que maten,
Y los otros ahorcar :
Si vuestra Alteza no acorre,
Yo no puedo remediar.—
El buen Rey de que esto oyera
Comenzó de caminar,
Y fué para el mercado
Adonde el Conde fué á hallar.
—¿Qué es aquesto, la Infanta?
Aquesto ¿qué puede estar?
¿La sentencia que yo he dado
Vos la quereis revocar?
Yo juro por mi corona,
Por mi corona real,
Que si heredero tuviese
Que me hubiese de heredar,
Que á vos y al conde Claros
Vivos os haria quemar.
—Que vos me mateis, mi padre,
Muy bien me podeis matar;
Mas suplico á vuestra Alteza,
Que se quiera él acordar
De los servicios pasados
De Reinaldos de Montalvan,
Que murió en las batallas
Por tu corona ensalzar.
Por los servicios del padre
Lo debes galardonar ;
Por malquerer de traidores
Vos no le debeis matar,

Que su muerte será causa
Que me hayais de disfamar.
Mas suplico á vuestra Alteza
Que se quiera aconsejar,
Que los reyes con furor
No deben de sentenciar,
Porque el Conde es de linaje
Del reino más principal,
Porque él era de los doce
Que á tu mesa comen pan.
Sus amigos y parientes
Todos te querrian mal.
Revolveros han en guerra,
Los reinos se perderán.—
El buen Rey cuando esto oyera
Comenzára á demandar.
—Consejo os pido, los mios,
Que me querais aconsejar.—
Luégo todos se apartaron
Per su consejo tomar:
El consejo que le dieron,
Que lo haya de perdonar
Por quitar males y bregas,
Y la princesa afamar.
Todos firman el perdon,
El buen Rey lo fué á firmar;
Tambien le aconsejaron,
Fuéronle consejo á dar,
Pues la Infanta queria al Conde.
Con él la haya de casar.
Ya desfierran al buen Conde,
Ya le mandan desferrar:
Descabalga de la mula,
El Arzobispo á desposar.
El tomólos de las manos,

Así los hubo de juntar.
Los enojos y pesares
Placeres se han de tornar.

EL CONDE ALARCOS.

Retraida está la Infanta,
Bien así como solia,
Viviendo muy descontenta
De la vida que tenía,
Viendo que ya se pasaba
Toda la flor de su vida,
Y que el Rey no la casaba,
Ni tal cuidado tenía.
Entre sí estaba pensando
A quién se descubriría,
Y acordó llamar al Rey
Como otras veces solia,
Por decirle su secreto
Y la intencion que tenía.
Vino el Rey siendo llamado,
Que no tardó su venida;
Vídola estar apartada,
Sola está sin compañía;
Su lindo gesto mostraba
Ser más triste que solia.
Conociera luégo el Rey
El enojo que tenía.
— ¿Qué es aquesto, la Infanta?
¿Qué es aquesto, hija mia?
Contadme vuestros enojos,
No tomeis malenconía,
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaria.

— Menester será, buen Rey,
Remediar la vida mia,
Que á vos quedé encomendada
De la madre que tenía.
Dédésme, buen Rey, marido,
Que mi edad ya lo pedia.
Con vergüenza os lo demando,
No con gana que tenía,
Que aquestos cuidados tales
A vos, Rey, pertenecian. —
Escuchada su demanda,
El buen Rey la respondia :
— Esa culpa, la Infanta,
Vuestra era, que no mia,
Que ya fuérades casada
Con el príncipe de Hungría.
No quisistes escuchar
La embajada que venía,
Pues acá en las nuestras córtés,
Hija, mal recaudo habia,
Porque en todos los mis reinos
Vuestro par igual no habia,
Sino era el conde Alarcos,
Que hijos y mujer tenía.
— Convidadlo vos, el Rey,
Al conde Alarcos un dia,
Y despues que hayais comido
Decidle de parte mia,
Decidle que se acuerde
De la fe que dél tenía,
La cual él me prometiera,
Que yo no se la pedia,
De ser siempre mi marido,
Y que su mujer sería.
Yo fui d'ello muy contenta

Y que no me arrepentia.
Si la Condesa es burlada,
Que mirára lo que hacía,
Que por él no me casé
Con el Principe de Hungría ;
Si casó con la Condesa,
Dél es culpa, que no mia. —
Perdiera el Rey en la oír
El sentido que tenía ;
Mas despues en sí tornado
Con enojo respondia :
— ¡ No son estos los consejos
Que vuestra madre os decia !
¡ Muy mal mirastes, Infanta,
Do estaba la honra mia !
Si verdad es todo eso
Vuestra honra ya es perdida ;
No podeis vos ser casada
Mientras la Condesa viva.
Si se hace el casamiento
Por razon ó por justicia,
En el decir de las gentes
Por mala seréis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
Que el mio no bastaria,
Que ya es muerta vuestra madre
A quien consejo pedia.
— Yo vos lo daré, buen Rey,
D'este poco que tenía :
Mate el Conde á la Condesa,
Que nadie no lo sabria,
Y eche fama que ella es muerta
De un cierto mal que tenía,
Y tratarse há el casamiento
Como cosa no sabida.

D'esta manera, buen Rey;
Mi honra se guardaria. —
De allí se salia el Rey,
No con placer que tenia;
Lleno va de pensamientos
Con la nueva que sabia.
Vido estar al conde Alarcos,
Entre muchos, que decia:
— ¿Qué aprovecha, caballeros,
Amar y servir amiga,
Que son servicios perdidos
Donde firmeza no habia?
No pueden por mí decir
Aquesto que yo decia,
Que en el tiempo que serví
Una que tanto queria,
Si muy bien la quise entónces,
Agora más la queria;
Mas por mí pueden decir
Quien bien ama tarde olvida. —
Estas palabras diciendo
Vido al buen Rey que venia,
Y hablando con el Rey
De entre todos se salia.
Dijole el buen Rey al Conde
Hablando con cortesía:
— Convidaros quiero, Conde,
Por mañana en aquel dia,
Que querais comer conmigo
Por tenerme compañía.
— Que se haga de buen grado
Lo que su Alteza decia;
Beso sus manos reales
Por la buena cortesía:
Detenerme hé aquí mañana,

Aunque estaba de partida,
Que la Condesa me espera
Segun carta que me envia. --
Otro dia de mañana
El Rey de misa salia ;
Luego se asentó á comer,
No por gana que tenía,
Sino por hablar al Conde
Lo que hablarle queria.
Allí fueron bien servidos
Como á Rey pertenecia.
Despues que hubieron comido,
Toda la gente salida,
Quedóse el Rey con el Conde
En la tabla do comia.
Empezó el Rey de hablar
La embajada que traia :
— Unas nuevas traigo, Conde,
Que d'ellas no me placia,
Por las cuales yo me quejo
De vuestra descortesía.
Prometistes á la Infanta
Lo que ella no os pedia,
De siempre ser su marido,
Y á ella que le placia.
Si á otras cosas pasaste
No entro en esa porfía.
Otra cosa os digo, Conde,
De que más os pesaria :
Que mateis á la Condesa
Que así cumple á la honra mia ;
Echeis fama de que es muerta
De cierto mal que tenía,
Y tratarse há el casamiento
Como cosa no sabida ;

Porque no sea deshonrada
Hija que tanto queria.—
Oidas estas razones
El buen Conde respondia :
— No puedo negar, el Rey,
Lo que la Infanta decia,
Sino que otorgo, es verdad
Todo cuanto me pedia.
Por miedo de vos, el Rey,
No casé con quien debia,
Ni pensé que vuestra Alteza
En ello consentiria.
De casar con la Infanta
Yo, señor, bien casaria ;
Mas matar á la Condesa ,
Señor Rey, no lo haria,
Porque no debe morir
La que mal no merecia.
— De morir tiene, buen Conde,
Por salvar la honra mia,
Pues no mirastes primero
Lo que mirar se debia.
Si no muere la Condesa
A vos costará la vida,
Que por la honra de los reyes
Muchos sin culpa morian ;
Que muera, pues, la Condesa
No es mucha maravilla.
— Yo la mataré, buen Rey,
Mas no sea la culpa mia ;
Vos os avendréis con Dios
En el fin de vuestra vida,
Y prometo á vuestra Alteza,
A fe de caballería,
Que me escriba por traidor

Si lo dicho no cumplia
De matar á la Condesa,
Aunque mal no merecia.
Buen Rey, si me dais licencia
Luégo yo me partiria.
— Vades con Dios, el buen Conde,
Ordenad vuestra partida. —
Llorando se parte el Conde,
Llorando sin alegría,
Llorando por la Condesa,
Que más que á sí la queria.
Lloraba tambien el Conde
Por tres hijos que tenía,
El uno era de teta,
Que la Condesa lo cria,
Que no queria mamar
De tres amas que tenía,
Sino era de su madre
Porque bien la conocia;
Los otros eran pequeños,
Poco sentido tenían.
Antes que el Conde llegase
Estas razones decia :
— ¿Quién podrá mirar, Condesa,
Vuestra cara de alegría,
Que saldréis á recibirme
A la fin de vuestra vida?
Yo soy el triste culpado,
Esta culpa toda es mia. —
En diciendo estas palabras,
Ya la Condesa salia,
Que un paje le habia dicho
Como el Conde ya venia.
Vido la Condesa al Conde
La tristeza que tenía,

Vióle los ojos llorosos
Que hinchados los tenía
De llorar por el camino
Mirando el bien que perdía.
Dijo la Condesa al Conde :
— ¡ Bien vengais, bien de mi vida !
¿ Qué habeis, el conde de Alarcos ?
¿ Por qué llorais, vida mia,
Que venis tan demudado
Que cierto no os conocia ?
No parece vuestra cara
Ni el gesto que ser solia ;
Dadme parte del enojo
Como dais de l'alegría.
¡ Decídmelo luégo, Conde,
No mateis la vida mia !
— Yo vos lo diré, Condesa,
Cuando la hora sería.
— Si no me lo decis, Conde,
Cierito yo reventaria.
— No me fatiguis, señora,
Que no es la hora venida.
Cenemos luégo, Condesa,
D'aqueso que en casa habia.
— Aparejado está, Conde,
Como otras veces solia. —
Sentóse el Conde á la mesa,
No cenaba ni podia,
Con sus hijos al costado,
Que muy mucho los queria.
Echóse sobre los hombros,
Hizo como que dormia ;
De lágrimas de sus ojos
Toda la mesa corria.
Mirábalo la Condesa

Que la causa no sabía ;
No le preguntaba nada,
Que no osaba ni podia.
Levantóse luégo el Conde,
Dijo que dormir queria ;
Dijo tambien la Condesa
Que ella tambien dormiria ;
Mas entre ellos no habia sueño,
Si la verdad se decia.
Vanse el Conde y la Condesa
A dormir donde solian :
Dejan los niños de fuera,
Que el Conde no los queria.
Lleváronse el más chiquito,
El que la Condesa cria ;
El Conde cierra la puerta,
Lo que hacer no solia.
Empezó de hablar el Conde
Con dolor y con mancilla :
— ¡ Oh, desdichada Condesa,
Grande fué la tu desdicha !
— No soy desdichada, Conde,
Por dichosa me tenía
Sólo en ser vuestra mujer ;
Esta fué gran dicha mia.
— ¡ Si bien lo mirais, Condesa,
Esa fué vuestra desdicha !
Sabed que en tiempo pasado
Yo amé á quien bien servia,
La cual era la Infanta.
Por desdicha vuestra y mia
Prometí casar con ella ;
Y á ella que le placia,
Demándame por marido
Por la fe que me tenía.

Puédelo muy bien hacer
Por razon y por justicia;
Dijomelo el Rey su padre
Porque d'ella lo sabía.
Otra cosa manda el Rey
Que toca en el alma mia;
Manda que murais, Condesa,
A la fin de vuestra vida,
Que no puede tener honra
Siendo vos, Condesa, viva. —
De qu'esto oyó la Condesa
Cayó en tierra mortecida;
Mas despues en sí tornada
Estas palabras decia:
— ¡ Pagos son de mis servicios,
Conde, con que yo os servia!
Si no me matais, el Conde,
Yo bien os aconsejaria;
Enviédesme á mis tierras
Que mi padre me ternia;
Yo criaré vuestros hijos
Mejor que la que vernia,
Y os mantendré castidad
Como siempre os mantenia.
— De morir habeis, Condesa,
En ántes que venga el dia.
— ¡ Bien parece, conde Alarcos,
Yo ser sola en esta vida;
Porque tengo el padre viejo,
Mi madre ya es fallecida,
Y mataron á mi hermano
El buen conde don García,
Que el Rey lo mandó matar
Por miedo que dél tenia!
No me pesa de mi muerte,

Que yo de morir tenía,
Mas pésame de mis hijos,
Que pierden mi compañía;
Hacéme los venir, Conde,
Y verán mi despedida.
— No los veréis más, Condesa,
En días de vuestra vida;
Abrazad ese chiquito,
Que aqueste es el que os perdía.
Pésame de vos, Condesa,
Cuanto pesar me podía.
No os puedo valer, señora,
Que más me va que la vida;
Encomendaos á Dios
Qu'esto de hacerse tenía.
— Dejeisme decir, buen Conde,
Una oracion que sabía.
— Decila presto, Condesa,
Antes que amanezca el día.
— Presto la habré dicho, Conde,
No estaré un Ave María. —
Hincó rodillas en tierra
Y esta oracion decia:
« En las tus manos, Señor,
Encomiendo el alma mia;
No me juzgues mis pecados
Segun que yo merecia,
Mas segun tu gran piedad
Y la tu gracia infinita. »
— Acabada es ya, buen Conde,
La oracion que yo sabía;
Encomiéndooos esos hijos
Que entre vos y mí habia,
Y rogad á Dios por mí
Mientras tuviéredes vida,

Que á ello sois obligado
Pues que sin culpa moria.
Dédesme acá ese chiquito,
Mamará por despedida.
— No le desperteis, Condesa,
Dejadlo estar, que dormia,
Sino que os pido perdon
Porque ya se viene el dia.
— A vos yo perdono, Conde,
Por amor que vos tenia;
Mas yo no perdono al Rey,
Ni á la Infanta la su hija,
Sino que queden citados
Delante la alta justicia,
Que allá vayan á juicio
Dentro de los treinta dias. —
Estas palabras diciendo
El Conde se apercibia;
Echóle por la garganta
Una toca que tenia,
Apretó con las dos manos
Con la fuerza que podia;
No le afloja la garganta
Mientras que vida tenia.
Cuando ya la vido el Conde
Traspasada y fallecida,
Desnudóle los vestidos
Y las ropas que tenia;
Echóle encima la cama,
Cubrióla como solia;
Desnudóse á su costado,
Obra de un Ave María;
Levantóse dando voces
A la gente que tenia.
— ¡ Socorred , mis caballeros ,

Que la Condesa se fina! —
Hallan la Condesa muerta
Los que á socorrer venian.
Así murió la Condesa,
Sin razon y sin justicia;
Mas tambien todos murieron
Dentro de los treinta dias.
Los doce dias pasados
La Infanta ya se moria;
El Rey á los veinte y cinco,
El Conde al treinteno dia:
Allá fueron á dar cuenta
A la justicia divina.
Acá nos dé Dios su gracia,
Y allá la gloria cumplida.

ROLDAN DESTERRADO.

En Francia la noblecida,
En ese tiempo pasado
Cuando Cárlos emperante
La tenía á su mandado,
Cuando Reinaldos campaba
Y Roldan el esforzado,
Cuando casi todo el mundo
De moros era ocupado,
En la ciudad de París
Gran fiesta se ha celebrado,
La cual dicen de San Jorge,
Patron de Aragon llamado.
Hácela el Emperador
Porque tan bien le ha ayudado.
Manda llamar á los grandes
Cuantos tiene á su mandado,

Que cada uno viniese
Segun que fuese su estado.
Allí vino Oliveros
Y Roldan el esforzado,
Que de atavíos y galas
Era este el señalado;
Tambien Beltran Salazar
Con su pompa y con su estado;
Y vinieron don Astolfo
Y don Salino su hermano;
Y vinieron tantos grandes,
Qu'es imposible contallo.
Cuando todos fueron juntos,
La fiesta se ha celebrado;
Nunca don Reinaldos vino,
Que en Montalvan no se ha hallado.
Cuando el falso Ganalon
D'esto fué certificado,
Fuése al Emperador
Con un rostro mesurado.
Arrodillóse á sus piés,
Y d'esta suerte le ha hablado:
— ¡Oh, señor Emperador!
Dios te prospere tu estado,
Y te deje ver cumplido
Lo por tí ya deseado.
Bien has visto y conocido
Quién está á tu mandado;
Todos los qu'en Francia están
Han venido á tu llamado,
Sino don Reinaldos solo
Que te ha menospreciado,
Pues el mandamiento tuyo
En muy poco lo ha estimado;
Por lo que, señor, te ruego

Que luégo le des el pago,
Y qu'en presencia de todos
Por traidor él sea dado. —
Habló allí el Emperador,
Y tal respuesta le ha dado.
— Pláceme, don Ganalon,
Qu'eso lo haré de buen grado,
Por hacer á vos placer
Y porque él sea castigado.—
Allí en presencia de todos
Por traidor le habia dado.
Mucho pesára á los grandes
Qu'en la sala se han hallado.
Cuando aquesta triste nueva
Por París se ha divulgado,
Fuése luégo Oliveros
Y á don Roldan ha hablado,
Contándole la traicion
Que Ganalon habia armado.
Cuando el fuerte don Roldan
D'esto fué certificado,
Descabalgó de una mula
Y en caballo ha cabalgado;
Por las calles de París
Malamente va enojado.
Fuése para el Emperador,
Y d'esta suerte le ha hablado:
— Mucho me pesa, señor,
D'esto estoy muy enojado,
Que á Reinaldos en ausencia
Tan mal le hayais tratado
Por consejo de un traidor;
¡No merecia este pago!
Debiéraseos acordar
De aqueso tiempo pasado

Cuando estábades perdido
De amores, apasionado
De la infanta Belisarda,
Mora de muy gran estado,
Y cuando él os vido herido
Y de amor acongojado,
Puso la vida por vos
Hasta haberos remediado,
Y que pasó á los sus reinos
Y á su padre habia matado.
Mató tambien tres gigantes
Que allí lo estaban guardando ;
Mató muchos caballeros,
Que en su mano habian entrado,
Y á pesar de todo el reino
A la Infanta se ha llevado.
Púsola en vuestro poder
Por quitaros el cuidado ;
Y allá en Córdoba la llana,
Recordaos lo que ha pasado,
Que si no fuera por él
Quedárades cautivado ;
Mas con sus ingenios y artes
Él os hizo libertado.
Mató á Madama Ruanza,
Reína de tan gran estado.
Muchas cosas os ha hecho,
De todas le dais mal pago ;
Mas el falso Ganalon
Que tal os ha aconsejado,
Antes que venga mañana
Recibirá de mí el pago.
El Emperador con enojo
Un bofeton le habia dado
Diciendo : — ¡ Mal caballero,

Vos habeis de ser osado
En la presencia del Rey
Hablar tan desmesurado!
¡Yo os juro por mi corona
Que vos seais castigado! —
El buen conde don Roldan
Malamente se ha enojado;
En un altar que allí habia
Un juramento ha jurado
De jamas entrar en Francia
Hasta que fuese vengado.
Estas palabras diciendo
Echó la escalera abajo;
Fuérase para su casa,
¡Malamente va enojado!
Demandó presto sus armas
Y muy apriesa fué armado;
Sin poner pié en el estribo
A caballo ha cabalgado.
Ya se sale de París,
¡Malamente va enojado!
Por sus jornadas contadas
En España fué llegado.
Andando por los caminos
Sus aventuras buscando,
Encontró con un morisco
Qu'el mar estaba mirando.
Guarda era de una puente
Que á nadie deja pasar;
Si no de grado, por fuerza
Con él ha de pelear,
Porque su señor el Rey
Así lo fuera á mandar,
Que hombre que viniese armado
No le dejase pasar,

Ó que dejase las armas,
Si en el reino queria entrar.
Don Roldan con grande enojo,
Que habia en lo escuchar,
Hablóle muy denodado,
Tal respuesta le fué á dar.
— Que por tal hombre como él
Las armas no ha de dejar,
Qu'en el mundo no es nacido
Quien se las ha de llevar. —
Respondiérale el moro,
Tal respuesta le fué á dar.
— Si así quieres, caballero,
Luégo se haya de librar,
Que yo te las quitaré
O yo quedaré con mal. —
Luégo abajaron sus lanzas
Y se fueron á encontrar,
Y á los primeros encuentros
Las lanzas quebrado han.
Echan mano á las espadas
De priesa y no de vagar;
¡Tan fuertes golpes se daban
Qu'era cosa de mirar!
Alzó el moro la su espada,
A don Roldan fué á acertar
Encima de su cabeza
Que lo hizo arrodillar.
Don Roldan desqu'esto vido
Un tal golpe le fué á dar
Con el tajo de su espada,
Qu'el cuerpo le fué á cortar.
El moro que así se vido
Con herida tan mortal,
Dábale tan grandes golpes,

Que á Roldan hacía temblar.
Cuando Roldan esto vido
Comenzára de hablar :
— ¡ Oh, maldito sea un hombre
Que no sentia su mal !
¡ Tiene las tripas colgando
Y quiere más pelear ! —
Respondiérale el moro,
Tal respuesta le fué á dar :
— Bien veo que mi vivir
No puede mucho durar,
Mas tu vida con la mia,
Juntas deben acabar. —
Bájase á adobar la espuela,
Que se la queria quitar;
Desque fuera abajado
No se pudo levantar.
Murió luégo prestamente
Sin más palabras hablar.
Quítale luégo las armas
El bueno de don Roldan,
Y quitóle los vestidos
Los suyos le fué á dejar,
Y vistióselos al moro,
De sus armas se fué á armar.
Con un su pajecico
En Francia le fué á enviar
Que le dijese á su esposa
Qu'era su esposo Roldan,
Y que muy solemnemente
Le hiciese enterrar.
El bueno del pajecico
Hizo luégo su mandar,
Y llevólo para Francia
A casa de don Roldan,

Y dícele la embajada
Que Roldan le fué á mandar,
Con palabras lastimeras
Le empezaba de hablar.
— Este es el cuerpo, señora,
Del que no tenía par;
El que moros y cristianos
Nunca pudieron sobrar. —
Desque la triste doña Alda
El cuerpo fuera á mirar,
Conociera luégo el sayo,
Las armas otro que tal:
Pensó que era su esposo
El esforzado Roldan;
; Los llantos qu'ella hacía
Dolor era de escuchar!
Dentro de muy pocas horas
Por París se fué á sonar;
Por él lloraban los doce,
Carlomano otro que tal;
Lloraba toda la córte,
Y el comun en general,
Y en unas solemnes andas
Le llevaban á enterrar.
Arzobispos y prelados
Cuantos en la córte están,
Con grande prisa y tristeza
Lo llevaron á enterrar.
Don Roldan muy bien llevando
Las armas que fué á tomar,
Fuérase para la armada
Do el Rey moro fuera á estar.
El Rey moro era mancebo
Ganoso de pelear;
Con esos Pares de Francia

Sus fuerzas queria mostrar.
Pensó era el moro valiente
Qu'el réino solia guardar.
Andando por sus jornadas
A París van á llegar,
Ponen luégo su asiento,
Asentaron luégo su real,
Enviaron mensajeros,
Que luégo se hayan de dar,
Y si esto no quisiesen
Que salgan á pelear,
Qu'él haria así de todos
Como hizo de don Roldan.
Respondió el Emperador,
Tal respuesta le fué á dar.
— Que le place de buen grado
De salir á pelear. —
Otro dia de mañana
Sálese de la ciudad.
Con él iba don Urgel,
Con él iba Merian,
Con él salian los doce
Que á la mesa comen pan.
Los caballos van holgados,
Empiezan de relinchar;
Con una furia muy grande
En los moros van á dar,
Haciendo tan cruda guerra
Qu'es maravilla mirar.
Mas los moros eran tantos
Que gran gente va á apresar,
Muchos de los doce Pares
A merced fueron tomar.
Carlomano qu'esto vido
Empezára de llorar,

Mesando de sus cabellos,
De su barba otro que tal.
Mandó llamar su consejo,
Todos los hizo juntar;
Díjoles d'esta manera,
Empezóles de hablar.
— Parientes y amigos míos,
A los que os hice llamar
Es que os demando consejo,
Que me hayais de aconsejar;
¿Qué haré de tan gran daño?
¿Cómo se ha de reparar? —
Allí respondieron todos,
Le fueron á aconsejar,
Qu'enviase por Reinaldos
Y que lo hiciese llamar,
Y que bastaría él solo
Para á París descercar,
Y que le haga mercedes
Y le haya de perdonar.
El Emperador contento
Fué de enviarle á llamar;
Contárale todo el hecho
Y como fuera á pasar,
Y que aquel moro valiente
Mató á su primo Roldan.
Ya se sale don Reinaldos
Con los moros á pelear;
Consigo lleva á doñ'Alda,
La esposa de don Roldan;
Mas también sabe Reinaldos,
Bien sabía la verdad,
Que aquel moro tan valiente
Era su primo Roldan,
Que un su tío que tenía

Le dijera la verdad.
Por arte de nigromancia
Él fuera luégo á hallar
Que don Roldan era vivo
Y qu'estaba en el real,
Y era el cuerpo allí traído
Un moro qu'él fué á matar.
Cuando fué cerca del campo
Reinaldos le dió en llamar :
Que salga el moro esforzado
Con él solo á pelear.
A los primeros encuentros
Los dos conocido se han ;
Se conocieron entrambos
En el aire del andar.
Cuando iban á encontrarse
Las lanzas van á bajar ;
Íbanse con mucho amor
Los dos primos á abrazar,
Y desde que se vieron juntos
Los moros manda llamar,
Y cuando juntos los vido
Comenzóles de hablar.
— Valerosos caballeros,
Os ruego os querais tornar
Y decidle al rey Marfin
Que yo era don Roldan,
Y que yo maté al moro
Que fuera su capitan. —
Los moros desde que oyeron
Tan triste nueva les dar,
Lléganse unos con otros
Y nombran su capitan ;
Dicen que los prisioneros
Consigo se han de llevar :

Todos se ponen en armas
Para matar á Roldan.
Reinaldos que aquesto vido
Comenzó de pelear,
Y Roldan por otra parte,
¡ Muy crudos golpes les dan!
Mas los moros eran tantos
Qu'el sol querian quitar.
Haciendo muy cruda guerra
Los presos van á soltar,
Tomaban de aquellas armas,
Comienzan de pelear;
Dentro de muy pocas horas
Los van á desbaratar.
Quedan señores del campo,
Que no hay con quien pelear.
Cuando vido doña Alda
A su esposo don Roldan,
Del gran placer que tenía
Comenzára de llorar.
Cuando Carlomano supo
Toda la certenidad,
Sálelos á recibir
Con mucha solemnidad.
Abrazaba á don Reinaldos,
Abrazaba á don Roldan,
Diciendo : que tales dos
En el mundo no han su par,
Y d'esta manera entraron
Con gran fiesta en la ciudad.

REINALDOS Y LA INFANTA CELIDONIA.

Cuando aquel claro Lucero
Sus rayos quiere enviar
Esparcidos por la tierra
Por cada parte y lugar ;
Cuando los prados floridos
Suaves olores dan ,
A mipreciado verjel
Me fuí para dar lugar
A la triste vida mia
Y muy gran necesidad.
Vide las rosas en flor
Que querian ya granar,
Hice una guirnalda d'ellas,
No hallando á quien la dar.
Por un bosque despoblado
Comencé de caminar,
Y diera en una floresta
Do nadie suele pasar.
En el dulce mes de Mayo
Yo me fuí por descansar
Por medio de una arboleda
De cipres y de rosal ;
Vide una huerta florida
De jazmines y arrayan ,
Los cantos eran tan dulces
Que me hicieron parar ;
Vi avecitas , que por ellas
No hacen sino volar,
Papagayo y rui señor
Decian en su cantar :
— ¿ Dónde vas , el caballero ?
Atras te quieras tornar ;

Hombre que por aquí pasa
No puede vivo escapar. —
Mirando esas avecitas,
Su canto y armonizar,
A sombra de un verde pino
Me senté por descansar.
Hiciera mi cabecera
Encima de un arrayan,
Los cuidados dos á dos
Me cercaron sin parar ;
Con un suspiro muy fuerte
Comencé de querellar :
— ¡ Oh , tú , noble Emperador ,
Mi gran señor natural ,
Mira cuán pobre y cuitado
Me podrias acatar !
Sé que de mi mal te place ,
Aunque estoy á tu mandar ;
Acordársete debia
Que te fuiste á enamorar
De la infanta Belisandra ,
Hija del rey Trasiomar.
Por librarte á tí de pena
Yo me puse á la cobrar
Con el noble paladin ,
El esforzado Roldan.
Hízonos por te servir
Mercaderes por el mar ;
Yo la saqué de su tierra
Y la puse á tu mandar.
¡ Oh , todos los doce Pares !
¡ Oh , Oliveros y Roldan !
¡ Oh , vos el noble Angeleros
Y Angelinos el infant !
Ya no os acordais de mí ,

Ni hé con que os pueda honrar.
¡Oh, vos, duque don Estolfo,
De Inglaterra capitan!
¡Oh, mis señores y amigos,
Cuán ledos os veo estar! —
Tomóle tal pensamiento
De se haber de desterrar
En las tierras de los moros
Por su ventura probar.
Estando en este propuesto
Se tornó á Montalvan;
Sin despedirse de alguno
Luégo al momento se va.
Por sus jornadas contadas
A París llegado ha,
A Roldan fué á rogar luégo
Que le quiera acompañar,
Que se va á unos torneos
Que hacen allende el mar.
Don Roldan que es codicioso
De fama y honra ganar,
Adereza su partida
Sin en nada discrepar.
En forma de peregrinos,
Por los moros engañar,
Andando por sus jornadas
Muy cerca van á llegar.
Juéves era en aquel dia,
La vispera de San Juan,
Que un torneo es aplazado
Por ser dia principal.
Esa noche á una floresta
Se fueron á descansar;
Otro dia de mañana
Clarines oyen sonar,

Que sacan á la princesa
Por las fiestas más honrar.
Lleva encima la cabeza
Una corona real,
Sus cabellos esparcidos
Que acrecientan su beldad.
Ella estaba tan hermosa
Que á todos hace turbar,
Muchas doncellas delante,
Todas dicen un cantar.
Comenzara de hablar luégo
El esforzado Roldan :
— ¡ Oh Dios, y qué linda dama!
¡ En el mundo no hay su par,
Sin ofender á Doña Alda!
Yo la quisiera gozar. —
Reinaldos con turbacion
De lo que dijo Roldan,
Con el gesto demudado
Le comenzó de hablar :
— Primo, excusado os fuera
De tal suerte blasonar,
Porque Celidonia es mia,
Yo la entiendo de ganar.
Si no me sois enemigo,
En ello no habeis de hablar. —
Con gran enojo que tiene
Se pone encima Bayarte :
Va derecho para el campo
Por los torneos ganar;
Vidó muchos caballeros
Del caballo en tierra dar.
Mira al más valiente d'ellos,
Que era el rey Garagaray,
Derrocando caballeros

Cuantos topaba á lanzar.
Por encima del arzon
Al moro fué á derribar,
Al moro y caballo en tierra:
Y al caballo fué á picar,
Derrocando á cuantos topa
Y podia alcanzar.
¡Raras maravillas hace
Que espanto pone en mirar!
En aquesto aquel rey moro
Tornó presto á lidiar.
Ya se parte Don Reinaldos
Otra vez por le encontrar;
Tan fuerte golpe le diera,
Que otra vez lo fué á lanzar:
Con el coraje el rey moro
No tiene en nada su mal.
Nadie justa con Reinaldos,
Nadie le osa esperar:
De los golpes que reciben
Van huyendo sin parar.
Ya Febo se declinaba
Hácia el Océano mar,
Cuando el gran rey Agolandro
Clarines mandó sonar,
Porque paren los torneos
Y vayan á reposar
Hasta en el dia siguiente
Que los tiene de acabar.
Reinaldos iba tan fuerte,
Que espanto pone mirar;
Don Roldan que cerca estaba
Viénele luégo á abrazar.
— ¿Qué es aquesto, primo mio?
¿Cómo andais sin aguardar?

¡Tanto me holgaba de veros,
Que olvidaba el pelear,
Viendo vuestra gran destreza
Contra el gran rey Gargaray!
— Vos lo decis, señor mio,
Que me quereis motejar:
Vámonos, señor, al monte,
Do solemos albergar,
No nos conozcan los moros,
No entremos en la ciudad. —
El fuerte Rey que los vido
Comenzólos de llamar:
— Oh, vos, fuertes peregrinos,
¿Adónde vos vais á holgar?
— Señor, vámonos al monte;
No teniendo qué gastar,
No nos quieren dar posada
Por Dios ni por caridad:
Pasamos al gran Mahoma
Por su templo visitar.
— Señores, si vos pluguiese,
Yo vos quiero aposentar. —
Don Reinaldos habló luégo:
— Cúmplase vuestro mandar. —
Hiciéronles dar posada
En acertado lugar,
Que el moro es acostumbrado
A romeros albergar.
Luégo les vino mensaje
Que el Rey los manda llamar:
Dijo que los caballeros
Son Reinaldos y Roldan,
Que su amigo Galalon
Se lo enviaba á avisar.
Todos se ponen en armas

Para haberlos de matar ;
El buen Rey que aquesto vido
Altas voces fué á dar :
— ¡ Ah, caballeros galanes
De córte tan principal !
Yo no soy de parecer
Que así se hayan de tratar
Los mejores caballeros
De toda la cristiandad.
Pues que yo les di seguro ,
Yo no les puedo faltar ;
Mas luégo siendo de dia
Os podeis todos armar,
Y como gentiles hombres
Con ellos en campo entrar. —
Ya se partia el buen Rey ,
Y á los romeros se va.
— ¡ Oh, los nobles caballeros,
Reinaldos y Don Roldan !
Seades los bien venidos
Los dos cristianos sin par.
Sabed que Don Galalon
Una carta fué á enviar
En que nos dice por ella
Que venides á matar
Al noble rey Agolandro,
Y él nos hiciera llamar ,
Do se determinó luégo
De venir á vos matar ,
Si no por respeto mio ,
Que nunca les di lugar ;
Mas sabed que en la mañana
En batalla habeis de entrar
Vos y el noble paladin
Con cuantos allí vendrán ;

Y vos, señor Don Reinaldos,
No os podeis excusar
Que conmigo y cuatro reyes
En campo os habeis de hallar;
Por ende esforzaos mucho. —
Luégo los fuera á abrazar.
Don Reinaldos le responde:
— Grande es, señor tu bondad:
¡Grandemente nos obligas
Más que podrías pensar!
El Rey se despidió d'ellos
Y á su casa fué á cenar.
Otro dia, el sol salido,
El Rey los vino á llamar:
Ya se ponen los arneses,
Y el Rey los ayuda á armar,
Y cuando armados los vido
Comenzóles de hablar:
— ¡Oh los nobles caballeros,
Querádesme perdonar,
Porque en viéndoos armados
Enemigo os soy mortal! —
Dicho esto fuese luégo
Sin más palabras hablar:
Apréstanse los dos primos
Y á la batalla se van.
Bayarte que ve la gente
Espanto pone en mirar;
Dando corcovos y empinos
Comienza de relinchar.
Tan fuerte va para ellos
Que la tierra hace temblar,
Reinaldos mira á los reyes
Con quienes ha de pelear:
Tambien mira á Celidonia

Que en el cadahalso está.
Tanto coraje le crece
Que comienza de hablar :
— ¡ Oh vosotros los romanos ,
Todos venid á ayudar
A aquestos cinco reyes
Que conmigo han de justar ;
Porque en el dia de hoy
Yo les quiero demostrar
Las fuerzas que Dios me dió
Por su santa fe ensalzar ! —
Da de espuelas al caballo ,
En el campo fuera á entrar .
Los reyes que entrar lo ven
Juntos lo van á encontrar
De tal suerte , que las lanzas
En piezas hacen volar :
Mas Reinaldos con esfuerzo
Encontró al rey Gargaray
De tal suerte , que la lanza
Le pasó al espaldar .
No le duraron los otros ,
Que á todos los fué á matar ,
Y quebrada la su lanza
A Fisberta fué á sacar
Haciendo mil maravillas
Por en el campo quedar ,
Hasta topar á su primo
El buen paladin Roldan ,
Que llevaba un gran tropel
De morisma á mal andar .
Después que juntos se vieron
Muy gran contento se dan ;
Con esfuerzo denodado
Renuevan el pelear ,

Tantos matan de los moros,
Que no hay cuenta ni par:
El alarido es tan grande
Que al cielo quiere llegar.
Alzó los ojos Reinaldos
A do el cadahalso está;
Vido muchos caballeros
A la Princesa guardar;
Allegóse para ellos
Con muy gran ferocidad;
El estruendo que traía
La tierra hacia temblar.
A la bella Celidonia
Fué en su caballo á sentar:
Arremete con denuedo
Por la batalla dejar.
Los moros que aquesto vieron
No le osaban dañar
Por no dar á la Princesa
Ni le hacer algun mal.
Con sollozos y gemidos,
Que al cielo quieren llegar,
Lloran su gran perdicion,
La muerte de Gargaray.
La Princesa ya vencida
D'este que no tiene par,
Con una voz delicada
Comenzóle de hablar:
— ¡Oh señor, en qué peligro
Os poneis en me llevar!
¡Más querria yo morir
Que no vuestro peligrar!—
Abrazándola muy fuerte,
El rostro la fué á besar;
Por sus delicados ojos

Lágrimas vieron saltar,
Temiendo de lo perder,
Viéndolo tanto aquejar,
Que su rostro de Reinaldos
En agua hizo bañar.
Vuélvese á consolarla
Con amoroso hablar :
— Esforzad, señora mia,
No querades desmayar.—
Ellos estando en aquesto
Su hermano fuera á llegar;
Dádole ha cruel herida,
Su cuerpo le fué á pasar
En los brazos de Reinaldos,
Que su fin fuera á causar :
Con voz ronca y muy plañida.
Comenzára de hablar :
— ¡Oh amor mio y mi bien,
De mí os querais acordar!
Pues yo recibo la muerte
No me querais olvidar,
Sabiedo vos, amor mio,
Que os iba yo acompañar,
Dejando yo al Rey mi padre
Con tanto enojo y pesar.
¡Oh qué pena y qué pasion
Llevo en aqueste pensar!
El rostro se le desmaya,
La habla fuera á cesar,
Con un suspiro muy fuerte
Vieron su fin allegar.
Don Reinaldos que esto viera
El color perdido ha,
Con voz triste y dolorosa
Comenzóse á lamentar :

— ¡Ay, desdichado de mí,
Ya no me quiero nombrar
El esforzado Reinaldos
Ni él me quiero llamar!
¡Oh muerte! ¿por qué no vienes?
No quiero vivo quedar.
¡Oh Celidonia, amor mio!
¿Dónde te iré yo á buscar?
Yo fui de tí homicida,
Yo solo te fui á matar.
¡Oh traidor, mal caballero!
¿Qué piensas aquí aguardar? —
Vuélvese contra los moros
Para en ellos se vengar,
Puso en tierra á Celidonia
Sintiendo mucho su mal;
Va buscando al caballero
Que le hizo tal pesar,
Hiriendo y matando moros
Cuantos podia topar.
Hace tal matanza en ellos
Que es cosa para espantar;
Hasta topar su enemigo
No deja de atropellar.
Vídole andar en batalla,
Que parece un gavilan:
Arremetió para él
Con esfuerzo singular;
Trabóle por los cabellos,
Del caballo lo fué á echar;
Atóle fuerte los piés,
Y al suyo lo fué á pasar.
Desque á su guisa lo tuvo
Tornó presto á cabalgar:
Va atropellando los moros

Hasta su primo topar.
Despues que juntos se vieron
Comienzan de caminar
Para la noble de Francia,
Llevando muy gran pesar.
La muerte de Celidonia
No le deja consolar
Hasta ver á Galalon
Que tanto mal fué á causar.

ROLDAN Y EL TROVADOR.

Salió Roldan á cazar
Una mañanita oscura:
De podencos y lebreles
Lleva cercada la mula.
Se levantó viento largo
Con un agua muy menuda,
Y Roldan con gran cuidado,
Por no mojarse las plumas,
Se arrimó contra una torre
Y oyó, el de las fuerzas muchas,
Un prisionero cantar,
Y Roldan atento escucha.
«Yo, pobrecito de mí,
Metido estoy en prisiones,
Sin saber cuándo es de día,
Y ménos cuando es de noche,
Sino por tres pajaricos
Que me cantan el albore:
El uno es una calandria,
Es el otro un ruiñeñore,
La otra una tortolica

Que anda de torre en torre,
Anda de oliva en oliva,
Y de terrone en terrone,
Cogiendo la semillica
Que derrama el sembradore.
Tres dias há no me canta,
Tres dias há que no come;
Si la mató un ballestero,
La mató como traidore,
Y si Dios que la crió,
Dios tambien á mí perdone.»

Acabado este cantar
Lleno de angustia y dolores,
Otro canta el prisionero
Que hizo llorar á los bosques.

«Mes de Mayo, mes de Mayo,
Cuando las recias calores,
Cuando los toros son bravos,
Los caballos corredores,
Y las cebadas se siegan,
Los trigos toman colores;
Cuando los enamorados
Regalan á sus amores,
Unos les regalan rosas,
Otros lirios, otros flores;
Los pobres que más no tienen
Endonan sus corazones,
¡Yo soy más pobre que todos,
Mezquino en estas prisiones!»

Dolido Roldan de oille,
Furioso las puertas rompe
De la prision en que estaba
Preso el infeliz cantore,
Y tomándole la mano
Sacádole há de la torre,

Diciéndole : — Vénte libre
A gozar de tus amores. —

GAYFEROS. — I.

Estábase la Condesa,
En el su estrado asentada,
Tisericas de oro en mano ;
Su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,
Palabras de gran pesar :
Las palabras tales eran
Que al niño hacen llorar.
— Dios te dé barbas en rostro,
Y te haga barragane ;
Déte Dios ventura en armas,
Como el paladin Roldane,
Porqué vengases, mi hijo,
La muerte de vuestro padre :
Matáronlo á traicion
Por casar con vuestra madre.
Ricas bodas me hicieron
En las cuales Dios no há parte ;
Ricos paños me cortaron,
La Reina no los há tales. —
Magüera pequeño el niño
Bien entendido lo hae.
Allí respondió Gayferos,
Bien oiréis lo que diráe :
— Ruégole así á Dios del cielo
Y á Santa María su Madre. —
Oido lo habia el Conde
En los palacios do estáe :
— ¡ Calles, calles, la Condesa,

Boca mala sin verdade!
Que yo no matára el Conde,
Ni lo hiciera matáre;
Mas tus palabras, Condesa,
El niño las pagarée. —
Mandó llamar escuderos,
Criados son de su padre,
Para que lleven al niño,
Que lo lleven á matáre.
La muerte que él les dijera
Mancilla es de la escucháre :
— Córtenle el pié del estribo,
La mano del gabilane,
Sáquenle ambos los ojos
Para más seguro andáre,
Y el dedo, y el corazon
Traédmelo por señale. —
Ya lo llevan á Gayferos,
Ya lo llevan á matáre ;
Habláran los escuderos
Con mancilla que dél hane.
— ¡Oh, válasme Dios del cielo
Y Santa María su Madre!
Si á este niño matamos,
¿Qué galardón nos daráne?
Ellos en aquesto estando,
No sabiendo qué haráne,
Vieron venir la perrita
De la Condesa su madre.
Allí habló el uno de ellos,
Bien oiréis lo que dirée :
— Matemos esta perrita
Por nuestra seguridade,
Saquémosle el corazon
Y llevémoslo á Galvane,

Cortemos el dedo al chico,
Por llevar mejor señale. —
Ya tomaban á Gayferos,
Para el dedo le cortáre :
— Venid acá vos, Gayferos,
Y querednos escucháre ;
Vos idos de aquesta tierra
Y ya no parezcais mase. —
Ya le daban entre señas
El camino que haráe :
— Iros heis de tierra en tierra
A do vuestro tio estáe. —
Gayferos desconsolado
Por ese mundo se vae :
Los escuderos se vuelven
Para do estaba Galvane.
Danle el dedo y corazon,
Y dicen que muerto lo hane.
La Condesa qu'esto oyera
Empezára á gritos dáre :
Lloraba de los sus ojos
Que queria reventáre.
Dejemos á la Condesa,
Que muy grande llanto hace ,
Y digamos de Gayferos
Del camino por do vae,
Que de dia ni de noche
No hace sino camináre,
Hasta que llegó á la tierra
Adonde su tio estáe.
Dícele d'esta manera
Y empezóle de habláre :
— Manténgaos Dios, el mi tio.
— Mi sobrino, bien vengaises.
¿Qué buena venida es esta?

Vos me la quereis contáre.
— La venida que yo vengo
Triste es y con pesáre,
Que Galvan con grande enojo
Mandado me habia matáre ;
Mas lo que os ruego, mi tio,
Y lo que os vengo á rogáre,
Vamos á vengar la muerte
De vuestro hermano, mi padre ;
Matáronlo á traicion
Por casar con la mi madre.
— Sosegaos, mi sobrino,
Vos os querais sosegáre,
Que la muerte de mi hermano
Bien la irémos á vengáre. —
Ellos así se estuvieron
Hasta dos años y áun mase,
Hasta que dijo Gayferos
Y empezára de habláre.

GAYFEROS. — II.

— Vámonos, dijo, mi tio,
A París esa ciudade
En figura de romeros,
No nos conozca Galvane,
Que si Galvan nos conoce
Mandaria nos matáre.
Encima ropas de seda
Vistamos las de sayale,
Llevemos nuestras espadas
Por más seguros andáre ;
Llevemos sendos bordones
Por la gente aseguráre. —

Ya se parten los romeros,
Ya se parten, ya se vane,
De noche por los caminos,
De día por los jarales.
Andando por sus jornadas
A París llegado hane;
Las puertas hallan cerradas,
No hallan por donde entráre.
Siete vueltas la rodean
Por ver si podrán entráre,
Y al cabo de las ocho
Un postigo van á halláre.
Ellos que se vieron dentro
Empiezan á demandáre;
No preguntan por meson,
Ni ménos por hospitale,
Preguntan por los palacios
Donde la Condesa estáe,
Y á las puertas del palacio
Allí van á demandáre.
Vieron estar la Condesa,
Y empezaron de habláre:
— Dios te salve, la Condesa.
— Los romeros, bien vengades.
— Mandedes nos dar limosna
Por honor de caridade.
— Con Dios vades, los romeros,
Que no os puedo nada dare,
Qu'el Conde me habia mandado
A romeros no albergáre.
— Dadnos limosna, señora,
Qu'el Conde no lo sabráe;
Así la den á Gayferos
En la tierra donde estáe. —
Así como oyó Gayferos

Comenzó de sospiráre :
Mandábales dar del vino,
Mandábales dar del pane.
Ellos en aquesto estando
El Conde llegado hae :
— ¿Qu'es aquesto, la Condesa ?
Aquesto ¿qué puede estáre ?
¿No os tenía yo mandado
A romeros no albergáre ? —
Dijo, y alzára su mano,
Puñada le fuera á dáre,
Que sus dientes menudicos
En tierra los fuera á echáre.
Allí habláran los romeros,
Y empezáronle de habláre :
— ¡ Por hacer bien la Condesa
Cierto no merece male !
— ¡ Callede vos, los romeros,
Non hayades vuestra parte ! —
Alzó Gayferos su espada,
Un golpe le fuera á dáre,
La cabeza de sus hombros
A tierra la fuera á echáre ;
Allí habló la Condesa
Llorando con gran pesáre :
— ¿ Quién érades, los romeros,
Que al Conde fuistes matáre ? —
Allí respondió el romero,
Tal respuesta le fué á dáre :
— Yo soy Gayferos, señora,
Vuestro hijo naturale.
— Aquesto no puede ser,
Ni era cosa de verdade,
Qu'el dedo, y el corazón
Yo los tengo por señale,

— El corazon que teneis
En persona no fué á estáre,
El dedo bien es aqueste,
Aquí lo veréis faltáre. —
La Condesa qu'esto oyera
Comenzóle de abrazáre :
La tristeza que tenía
En placer se fué á tornáre.

GAYFEROS. — III.

Asentado está Gayferos
En el palacio reale ;
Asentado está al tablero
Para las tablas jugáre.
Los dados tiene en la mano,
Que los quiere arrojáre,
Cuando entrara por la sala
Don Cárlos el emperante.
De que así jugar lo vido
Empezóle de miráre ;
Hablandole está hablando
Palabras de gran pesáre :
— Si así fuédes, Gayferos,
Para las armas tomáre,
Como sois para los dados,
Y para tablas jugáre ;
Vuestra esposa tienen moros,
Iriadesla buscáre ;
Pésame mucho por ello,
Por que es mi hija carnale.
De muchos fué demandada
Y á nadie quiso tomáre.
Con vos casó por amores,

Amores la han de sacáre;
Si con otro fuera casada
No fuera en catividade. —
Gayferos cuando esto vido,
Movido de gran pesáre
Levantóse del tablero
No queriendo más jugáre,
Y tomáralo en las manos
Pará haberlo de arrojáre,
Si no por quien con él juega,
Que era hombre de linaje:
Jugaba con él Guarinos,
Almirante de la mare.
Voces da por el palacio,
Que al cielo quieren llegare;
Preguntando, preguntando
Por su tio don Roldane.
Halláralo en el patin,
Que queria cabalgáre;
Con él estaba Oliveros
Y Durandarte el galane,
Con él muchos caballeros
De los de los doce Pares;
Gayferos desde que lo vido
Empezóle de habláre:
— Por Dios os ruego, mi tio,
Por Dios os quiero rogáre,
Vuestras armas y caballo
Vos me lo querais prestáre,
Que mi tio el Emperante
Tan mal me quiso tratáre,
Diciendo soy para juego
Y no para armas tomáre.
Bien lo sabeis vos, mi tio,
Bien sabeis vos la verdade,

Que pues busqué á mi esposa
Culpa no me deben dáre.
Tres años anduve triste
Por los montes y los valles
Comiendo la carne cruda,
Bebiendo la roja sangre,
Trayendo los piés descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
Nunca yo hallarla pude
En cuanto pude buscáre:
Ora sé que está en Sansueña,
En Sansueña, esa ciudade.
Sabeis que estoy sin caballo,
Sin armas otro que tale,
Que las tiene Montesinos,
Que se es ido á festejáre
Allá á los reinos de Hungría
Para torneos armáre,
Y yo sin caballo y armas
Mal la podré libertáre;
Por esto os ruego, mi tío,
Las vuestras me querais dáre. —
Don Roldán de qu'esto oyó
Tal respuesta le fué á dáre:
— Callad, sobrino Gayferos,
No querades hablar tale;
Siete años vuestra esposa
Há que está en captivadade;
Siempre os he visto con armas
Y caballo otro que tale,
Ora que no las teneis
La quereis ir á buscáre.
Sacramento tengo hecho
Allá en San Juan de Letrane
A ninguno prestar armas,

Ño me las hagan cobardes :
Mi caballo es bien vezado,
No'l querria mal vezáre. —
Gayferos que a questo oyó
La espada fuera á sacáre ;
Con una voz muy sañosa
Empezára de habláre :
— ¡ Bien parece , Don Roldan ,
Siempre me quisiste male !
Si otro me lo dijera
Mostrára si soy cobarde ;
Mas quien á mí ha injuriado
No lo vais por mí á vengáre ;
Si vos , tio , no me fuédes
Con vos querria peleáre. —
Los grandes que allí se hallan
Entre los dos puestos se hane
Hablado le ha Don Roldan ,
Empezóle de habláre :
— ¡ Bien parece , Don Gayferos ,
Que sois de muy poca edade !
Bien oistes un ejemplo ,
Que conoceis ser verdade ,
Que aquel que bien os quisiere
Ese os quiere castigáre.
Si fuérades mal caballero
No os dijera yo esto tale ;
Mas porque sé que sois bueno
Por eso os quise así habláre ,
Que mis armas y caballo
A vos no se han de negáre ,
Y si quereis compañía
Yo os querria acompañáre.
— Mercedes , dijo Gayferos ,
De la buena voluntade ;

Solo me quiero ir, solo,
Para haberla de sacáre :
Nunca me dirá ninguno
Que me vido ser cobarde. —
Luégo mandó Don Roldan
Sus armas aparejáre ;
Él encubierta el caballo
Por mejor lo encubertáre ;
El mesmo pone las armas
Y le ayuda á bien armáre.
Luégo cabalgó Gayferos
Con enojo y con pesáre.
Pesárale á Don Roldan,
Tambien á los doce pares,
Y más al Emperador
De que solo le vió andáre ;
Y desque ya se salia
Del gran palacio reale,
Con una voz amorosa
Llamáralo Don Roldane :
— Esperá un poco, sobrino ;
Pues solo quereis andáre,
Dejédemes vuestra espada,
La mia querais tomáre,
Y aunque vengan dos mil moros
Nunca les volvais la haze :
Al caballo dadle rienda
Y haga á su voluntade,
Que si él viere la suya
Os sabrá bien ayudáre,
Y si viere demasia
D'ella os sabria sacáre. —
Ya le daba la su espada,
Y toma la de Roldane ;
Da de espuelas al caballo,

Sálese de la ciudade.
Don Beltran desque ir lo vido
Empezóle de habláre :
— Tornad acá, hijo Gayferos,
Pues que me teneis por padre,
Tan solamente que os vea
La Condesa vuestra madre,
Tomará con vos consuelo,
Que tan tristes llantos hace,
Y daráos caballeros
Los que hayais necesidad.
— Consoladla vos, mi tío,
Vos la queráis consoláre,
Acuérdese me perdió
Chiquito y de poca edade :
Haga cuenta que de entónces
No me ha visto jamase,
Que ya sabeis que en los doce
Corren malas voluntades :
No dirán vuelvo por ruego,
Mas que vuelvo por cobarde,
Que yo no volveré en Francia
Sin Melisendra tornáre. —
Don Beltran de que lo oyera
Tan enojado habláre,
Vuelve riendas al caballo
Y entróse por la ciudade.
Gayferos tierra de moros
Empieza de camináre ;
Jornada de quince dias
En ocho la fuera á andáre.
Por las sierras de Sansueña
Gayferos airado vae ;
Las voces que él iba dando
Al cielo quieren llegáre.

Iba maldiciendo el vino,
Iba maldiciendo el pane,
El pan que comen los moros,
Mas no de la cristiandade.
Maldiciendo iba la dueña
Que tan sólo un hijo páre;
Si enemigos se lo matan
No tiene quien lo vengáre.
Maldiciendo iba al hidalgo
Que cabalga sin un paje;
Si se le cae la espuela
Ni tiene quien se la calce.
Iba maldiciendo el árbol
Que sólo en el campo nasce:
Todas las aves del mundo
En él van á quebrantáre,
Que de rama ni de hoja
Al triste dejan gozáre.
Dando estas voces y otras
A Sansueña fué á llegáre.
Viérnes era en aquel dia
Los moros su fiesta hacen:
El Rey iba á la mezquita
Para la zala rezáre,
Con todos sus caballeros
Cuantos él pudo lleváre.
Cuando allegó Gayferos
A Sansueña, esa ciudade,
Miraba si via alguno
A quien poder demandáre:
Vido un cativo cristiano
Que andaba por los adarbes:
Desque lo vido Gayferos
Empezóle de habláre:
— Dios te salve, el cristiano,

Y te torne en libertade,
Nuevas que pedirte quiero
No me las quieras negáre.
¿Tú que andas con los moros
Díme si oiste habláre
Si hay aquí alguna cristiana,
Que sea de alto linaje?—
El cativo que lo oyera
Empezára de llorare:
— ¡Tantos tengo de mis duelos,
De otros non puedo curare!
Que todo el dia caballos
Del Rey me hacen pensáre,
Y de noche en honda sima
Me hacen aquí aprisionáre.
Bien sé que hay muchas cativas
Cristianas de gran linaje,
Hay especialmente una
Qu'es de Francia naturale:
El Rey Almanzor la trata
Como á su hija carnale:
Sé que muchos reyes moros
Con ella quieren casáre:
Por eso idos, caballero,
Por esa calle adelante,
Veréislas á las ventanas
Del gran palacio reale. —
Derecho se va á la plaza,
A la plaza la más grande.
Allí estaban los palacios
Donde el Rey solia estáre:
Alzó los ojos en alto
Por los palacios miráre,
Vido estar á Melisendra
En una ventana grande

Con otras damas cristianas,
Qu'están en captividade.
Melisendra que lo vido
Empezára de llorare,
No porque lo conociese
En el gesto ni en el traje,
Mas en verlo de armas blancas
Acordóse de los pares,
Acordóse del palacio
Del Emperador su padre,
De justas, galas, torneos,
Que á ella solian armáre.
Con voz triste y muy llorosa
Le empezára de llamáre:
— Por Dios ruégoos, caballero,
Queráisos á mí llegáre;
Si cristiano sois ó moro
No me lo querais negáre;
Daros he unas encomiendas,
Bien pagadas os seráne.
Caballero, si á Francia ides
Por Gayferos preguntade,
Decidle que la su esposa
Se le envia á encomendáre,
Que ya me parece tiempo
Que la debia sacáre.
Si no me deja por miedo
De con los moros peleáre,
Debe haber otros amores,
No'l dejan de mí acordáre:
¡ Los ausentes por presentes
Ligeros son de olvidáre!
Le diréis aún, caballero,
Por darle mayor señale,
Que sus justas y torneos

Bien las supimos acae.
Y si estas encomiendas
No recibe con soláce,
Se las daréis á Oliveros,
Daréislas á Don Roldane,
Daréislas á mi señor
El Emperador mi padre :
Diréis como está en Sansueña,
En Sansueña, esa ciudade ;
Que si presto no me sacan
Mora me quieren tornáre :
Casarme hán con el rey moro
Que está allende de la mare :
De siete reyes de moros
Reina me hacen coronáre ;
Segun los reyes me acuitan
Mora me harán tornáre ;
Mas amores de Gayferos
No los puedo yo olvidáre. —
Gayferos que aquesto oyera
Tal respuesta le fué á dáre :
— No lloreis vos, mi señora,
No queráis así lloráre,
Porque esas encomiendas
Vos mesma las podeis dáre,
Que á mí allá dentro de Francia
Gayferos suelen nombráre.
Soy el infante Gayferos,
Señor de París la grande,
Primo hermano de Oliveros,
Sobrino de Don Roldane,
Amores de Melisendra
Son los que hácia acá me atraen. —
Melisendra qu'esto vido
Conosciólo en el habláre,

Tiróse de la ventana,
La escalera fué á tomáre,
Salióse para la plaza
Adonde lo vido estáre.
Gayferos cuando la vido
Presto la fuera á tomáre ;
Abrázala con sus brazos
Para haberla de besáre.
Allí estaba un perro moro
Por los cristianos guardáre ;
Las voces daba tan altas
Que al cielo quieren llegáre.
Al alarido del moro
La ciudad mandan cerráre :
Siete veces la rodean,
No hallan por do escapáre.
Presto saliera rey Almanzor
De la mezquita rezáre :
Veréis tocar la trompeta
Apriesa y no de vagáre,
Veréis armar caballeros
Y en caballos cabalgáre :
Tantos se arman de los moros .
Que gran cosa es de miráre.
Melisendra que lo vido
En una priesa tan grande,
Con una voz delicada
Le empezára de habláre :
— Esforzado Don Gayferos,
No querádes desmayáre,
Que los buenos caballeros
Son para necesidad :
¡ Si d'esta escapais, Gayferos,
Harto teneis que contáre !
¡ Ya quisiera Dios del cielo

Y Santa María su Madre
Fuese tal vuestro caballo
Como aquel de Don Roldane!
Muchas veces le oí decir
En el palacio imperiale,
Que si se hallaba cercado
De moros en un lugáre,
Acinchaba á su caballo,
Y aflojábale el pretale,
Hincábale las espuelas
Sin ninguna piedade:
El caballo es esforzado,
De otra parte va á saltáre. —
Gayferos de qu'esto oyó
Presto se fuera á apeáre;
Al caballo alzó la cincha,
Y aflojábale el pretale;
Sin poner pié en el estribo
Encima fué á cabalgáre,
Y Melisendra á las ancas,
Que presto las fué tomáre.
El cuerpo le da y cintura
Porque lo pueda abrazáre,
Al caballo hinca la espuela
Sin ninguna piedade.
Corriendo vienen los moros
Aprieta y no de vagáre;
Las grandes voces que daban
Al caballo hacen saltáre.
Al estar cerca los moros
La rienda le fué á largáre;
El caballo era ligero,
Púsolo de la otra parte.
El rey moro qu'esto vido
Abrir mandó la ciudade;

Siete batallas de moros
Todos de zaga le vane.
Volviéndose iba Gayferos,
No cesaba de miráre;
De que vido que los moros
Le empezaban de cercáre;
Volviérase á Melisendra,
Empezóle de habláre :
— No os enojeis, mi señora,
Forzoso os será apeáre,
Y en esta grande espesura
Podréis, señora, aguardáre,
Que los moros son tan cerca,
Que nos habrán de alcanzáre.
Vos, señora, no traéis armas
Para haber de peleáre;
Yo, pues que las traigo buenas,
Quiérolas ejercitáre. —
Apeóse Melisendra
No cesando de rezáre,
Las rodillas puso en tierra
Las manos fué á levántare,
Los ojos puestos al cielo
No cesando de rezáre :
Sin que Gayferos volviese
El caballo fué á aguijáre.
Cuando huía de los moros
Parece no puede andáre,
Y cuando iba hácia ellos
Iba con furor tan grande,
Que del rigor que llevaba
La tierra hacia tembláre.
Donde vido la morisma
Entre ellos fuera á entráre :
Si bien pelea Gayferos,

El caballo mucho mase.
Tantos mata de los moros
Que no hay cuento ni pare ;
De la sangre que salia
El campo cubierto se hae.
Almanzor que aquesto vido
Empezára de habláre :
— ¡ Oh válasme tú , Alá !
¿ Esto qué podia estáre ?
¡ Tal fuerza de caballero
En pocos se puede halláre !
Debe ser el encantado
Ese paladin Roldane ,
O ha de ser el esforzado
Renaldos de Montalvane ,
O bien Urgel de la Marcha
Esforzado y singuláre ;
No hay ninguno de los doce
Que bastase hacer lo tale.
Gayferos que aquesto oyó
Tal respuesta le fué á dáre :
— Calles , calles , el rey moro ,
Calles , y no digas tale ,
Muchos otros hay en Francia ,
Que tanto como éstos valen ;
Yo no soy ninguno d'ellos ,
Mas yo me quiero nombráre :
Soy el infante Gayferos ,
Señor de París la grande ,
Primo hermano de Oliveros ,
Sobrino de Don Roldane . —
Almanzor como lo oyera .
Con tal esfuerzo habláre ,
Con los más moros que pudo
Se entrára por la ciudade .

Solo quedaba Gayferos,
No halló con quien peleáre;
Volvió riendas al caballo
Por Melisendra buscáre:
Melisendra que lo vido
A recibir se lo sale;
Vídole las armas blancas,
Tintas en color de sangre.
Con voz muy triste y llorosa
Le empezó de preguntáre:
— Por Dios os ruego, Gayferos,
Por Dios os quiero rogáre,
Si traéis alguna herida
Queráismela vos mostráre,
Que los moros eran tantos
Quizá os habrán hecho male.
Con mangas de mi camisa
Os la quiero yo apretáre,
Y con la mi rica toca
Yo os las entiendo sanáre.
— Calledes, dijo Gayferos,
Infanta, no digais tale,
Por más que fueran los moros
No me podían hacer male,
Qu'estas armas y caballo
Son de mi tio Don Roldane;
Caballero que las trujere
No podia peligráre.
Cabalgad presto, señora,
Que no es tiempo de aquí estáre;
Antes que los moros tornen
Los puertos hemos pasáre. —
Ya cabalga Melisendra
En un caballo alazane;
Razonando van de amores,

De amores, que no de ale;
Ni de los moros han miedo
Ni d'ellos nada se dane :
Con el placer de ambos juntos
No cesan de camináre,
De noche por los caminos,
De dia por los jarales,
Comiendo las hierbas verdes
Y agua si pueden halláre,
Hasta que entraron en Francia
Y en tierra de cristiandade :
Si hasta allí fueron alegres,
Mucho más de allí adelante.
Al entrar de una montaña,
Y á la salida de un valle,
Caballero de armas blancas
De léjos ven asomáre :
Gayferos desde lo vido
La sangre vuelto se le hae,
Diciéndole á su señora :
— ¡Esto es más de receláre,
Que el caballero que asoma
Gran esfuerzo es el que trae !
Que sea cristiano ó moro,
Fuerza será peleáre :
Apeaos vos, mi señora,
Y vení de mí á la pare. —
De la mano le traia
No cesando de lloráre.
Lléganse los caballeros,
Comienzan aparejáre
Las lanzas y los escudos
En són de bien peleáre.
Los caballos ya de cerca
Comienzan de relincháre ;

Mas conociólo Gayferos
Y empezára de habláre :
— Perded cuidado, señora,
Y tornad á cabalgáre,
Que el caballo que allí viene
Mio es en la verdade;
Yo le dí mucha cebada
Y más le entiendo de dáre ;
Las armas segun que veo
Mias son otro que tale,
Y áun aquel es Montesinos
Que á mí me viene á buscáre,
Que cuando yo me partí
No se hallaba en la ciudade. —
Plugo mucho á Melisendra
Que aquello fuese verdade.
Ya que se van acercando
Cuasi juntos á la páre,
Con voz alta y muy crecida
Empiezan se interrogáre.
Conóscense los dos primos
Entónces en el habláre ;
Apeáronse á gran priesa,
Muy grandes fiestas se hacen :
De que hubieron hablado
Tornaron á cabalgáre :
Razonando van de amores,
De otro no quieren habláre.
Andando por sus jornadas
En tierra de cristiandade,
Cuantos caballeros hallan
Todos los van compañáre,
Y dueñas á Melisendra,
Doncellas otro que tale.
Al cabo de pocos dias

A París van á llegáre :
Seis leguas de la ciudad
El Emperador les sale ;
Con él salia Oliveros,
Con él sale Don Roldane,
Y el infante don Guarinos,
Almirante de la mare ;
Con él sale Don Bermudez
Y el buen viejo Don Beltrane,
Con él muchos de los doce
Que á su mesa comen pane,
Y con él iba Doña Alda,
La esposica de Roldane :
Con él iba Julianesa,
La hija del rey Juliane ;
Dueñas, damas y doncellas,
Las más altas de linaje.
El Emperador á su hija
Abraza y echa á lloráre ;
Palabras que le decia
Dolor eran de escucháre.
A Don Gayferos los doce
Gran acatamiento le hacen :
Tiénenlo por esforzado
Mucho más de allí adelante,
Pues que sacara á su esposa
De muy gran captividade :
Las fiestas que le hacian
No tienen cuento ni páre.

GAYFEROS.— IV.

El cuerpo preso en Sansueña
Y en París cautiva el alma,
Puesta siempre sobre el muro

Porque está sobre él su casa,
Vuelta en ojos Melisendra,
Y sus ojos vueltos agua,
Mira de Francia el camino
Y de Sansueña la playa,
Y en ella vió un caballero
Que junto á la cerca pasa.
Hácele señas y viene,
Que viene por quien le llama.
— Si sois cristiano, le dice,
O habeis de pasar á Francia,
Preguntad por don Gayferos,
Y decid : ¿ que á cuándo aguarda ?
¡ Que harto mejor le estuviera
Jugando acá por mí lanzas,
Que no allá con pasajeros,
Jugando dados y cañas !
Que si quiere que sea mora,
Que otra cosa no me falta,
Y amándole, no es posible
Vivir un alma cristiana. —
¡ Tanto llora Melisendra
Que las razones no acaba !
Don Gayferos la responde,
Alzándose la celada :
— No es tiempo de desculparme,
Señora, de mi tardanza,
Pues el no tenella agora
Nos es de mucha importancia. —
Dícele que aguarde un poco,
Y en ménos de un poco baja ;
A ella en las ancas sube,
Y él en la silla cabalga,
Y á pesar de la morisma
La puso dentro de Francia,

MONTESINOS BUSCA Á DURANDARTE
EN LA BATALLA.

Por la parte donde vido
Más sangrienta la batalla
Se metia Montesinos
Lleno de angustia y de saña.
Cuantos con la lanza encuentra
A tierra los derribaba ;
La yegua tambien ayuda,
Que á muchos atropellaba.
Lugar le hacen como á toro
Por do quiera que pasaba.
Echó el ojo Montesinos,
Por todo el campo miraba
Y vió un moro esforzado
Que mucho se aventajaba.
Un alfanje trae el moro
Teñido en sangre de Francia.
Este es aquel Albenzayde
Que entre todos tiene fama,
Caballero en una yegua
Hermosa, rucia y manchada.
Como le vió Montesinos,
Encendido en ira y saña,
Dió de espuelas á la yegua,
Y en los pechos le encontrára,
Y fué tan recio el encuentro
Que á tierra lo derribaba.
Del golpe que dió en el suelo
Hizo pedazos la lanza ;
No le quedó á Montesinos
Sino un pedazo de asta.
Como se vió de tal suerte,

Por todo el campo miraba ;
Vió la batalla rompida ,
Sus gentes desbaratadas ,
Y la flor de lis de oro
Que los moros la arrastraban.
No ve golpe de Oliveros ,
Ni oye ya al señor de Braña ;
Cubierto de sangre y polvo
Se salió de la batalla
En busca de Durandarte
Que de léjos divisaba ,
Que con heridas de muerte
De la batalla escapaba.

DURANDARTE MORIBUNDO
RECOMIENDA Á MONTESINOS QUE LLEVE SU
CORAZON Á BELERMA.

¡Oh, Belerma, oh Belerma!
Por mi mal fuiste engendada,
Que siete años te serví
Sin de tí alcanzar nada ;
Agora que me querias
Muerdo yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte
Aunque temprano me llama ;
Mas pésame que de verte
Y de servirte dejaba.
¡Oh, mi primo Montesinos !
Lo que agora yo os rogaba ,
Que cuando yo fuere muerto
Y mi ánima arrancada ,
Vos lleveis mi corazon

Adonde Belerma estaba,
Y servidla de mi parte,
Como de vos yo esperaba,
Y traedle mi memoria
Dos veces cada semana;
Y diréisle que se acuerde
Cuán cara que me costaba,
Y dadle todas mis tierras
Las que yo señoreaba;
Pues que yo á ella pierdo,
Todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!
¡Mal me aqueja esta lanzada!
El brazo traigo cansado,
Y la mano del espada;
Traigo grandes las heridas,
Mucha sangre derramada,
Los extremos tengo frios,
Y el corazon me desmaya,
Que ojos que nos vieron ir
Nunca nos verán en Francia.
Abracéisme, Montesinos,
Que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo,
La lengua tengo turbada;
A vos doy todos mis cargos,
En vos yo los traspasaba.
— El Señor en quien creéis
Él oiga vuestra palabra. —
Muerto yace Durandarte
Al pié de una alta montaña:
Llorábalo Montesinos,
Que á su muerte se hallára;
Quitándole está el almete,
Desciñéndole el espada;

Hácele la sepultura
Con una pequeña daga ;
Sacábale el corazon ,
Como él se lo jurára ,
Para llevarlo á Belerma ,
Como allí se lo mandára .
Las palabras que le dice
De allá le salen del alma :
¡ Oh mi primo Durandarte !
¡ Primo mio de mi alma !
¡ Espada nunca vencida !
¡ Esfuerzo do esfuerzo estaba !
¡ Quien á vos mató , mi primo ,
No sé por qué me dejára !

BELERMA RECIBE NUEVAS DE LA MUERTE
DE DURANDARTE.

En Francia estaba Belerma
Alegre y regocijada ,
Hablando con sus doncellas
Como otras veces usaba .
Dice y afirma jurando ,
Entre todas levantada ,
Que se juzga ciertamente
La más bienaventurada
De las damas de su tiempo ,
Y cualquier edad pasada ,
Pues la sirve Durandarte ,
Galan muy digno de fama ,
Más gallardo y gentil hombre
Que cuantos cifien espada .
Mas temiendo no la arguyan
Que habla de apasionada ,

Dice con rostro sereno
Y con la voz fatigada :
— Nadie entienda qu'esto digo
Por estar enamorada,
Que cierto, que no le viendo,
En viéndole lo juzgára.
¡ Nunca aviso y gentileza
Tuvieron una posada
Como aqueste que la tiene
En lo mejor de mi alma! —
Y diciendo estas razones
Cayó en tierra desmayada ;
Mas volviendo en sí Belerma
D'esta manera hablaba :
— ¿ Qué es aquesto, amigas mías ?
¡ Algun mal se me acercaba,
Que nunca mi corazón
Aquestas muestras me daba,
Sin que luégo ciertamente
Me acuda alguna desgracia! —
Volvió sus ojos Belerma,
Que mil perlas destilaban ;
Vió venir á Montesinos
De la infelice batalla.
Con el rostro mustio y triste
La color desemejada,
Trae escrito en su semblante
La nueva que reportaba.
Llegó donde está Belerma,
De rodillas se postraba :
Quiere hablar y no acierta,
Y cuando acierta no osaba ;
Mas al fin con poco aliento
Dice con la voz turbada :
— ¡ Nuevas te traigo, señora,

Que son de grande desgracia!
— Primero que me las digas,
La dama le replicaba,
¿Qué es de tu querido primo?
¿Dónde está? ¿Cómo quedaba?
— Muerto queda, mi señora,
Debajo una verde haya;
Veis aquí su corazon,
Yo mismo se lo sacára,
Porque al punto de la muerte
La palabra me tomára,
Porque vieses tú, señora,
Cuanto dél eras amada,
Y porque aves ningunas,
Indignas de tal vianda,
No comiesen corazon
Donde estabas tú fijada,
Al cual podrás hacer honra
Que él en vida deseaba.

BELERMA LLORA LA MUERTE DE DURANDARTE.

Sobre el corazon difunto
Belerma estaba llorando
Lágrimas de roja sangre;
Que las de agua hicieron cabo.
El cabello de oro fino
De mesarle enerizado,
Las manos hechas un ñudo,
El cuerpo todo templado.
Cuando vió aquel corazon,
Estando en él contemplando,
De nuevas gotas de sangre
Estaba todo bañado.

— ¡Corazon de mi señor
Durandarte, muy preciado,
En los amores dichoso
Y en batallas desdichado,
Quien os trajo ante mis ojos
Tanta crueldad usando,
No debia de saberlo!
¡Corazon que estás clavado
Con aqueste triste mio,
Yo te pagaré llorando! —
Así se quedó Belerma,
Vencida de un gran desmayo.

BATALLA CONTRA MARSIN.

Domingo era de Ramos,
La Pasion quieren decir,
Cuando moros y cristianos
Todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses,
Ya comienzan de huir.
¡Oh, cuán bien los esforzaba
Ese Roldan paladin!
— ¡Vuelta, vuelta, los franceses!
¡Con corazon, á la lid!
¡Más vale morir por buenos,
Que deshonorados vivir! —
Ya volvian los franceses
Con corazon á la lid;
A los encuentros primeros
Mataron sesenta mil.
Por las sierras de Altamira
Huyendo va el rey Marsin,
Caballero en una cebrá,

No por mengua de rocin.
La sangre que dél corria
Las hierbas hace teñir ;
Las voces que iba dando
Al cielo quieren subir.
— ¡ Reniego de tí, Mahoma ,
Y de cuanto hice por tí !
Hícete cuerpo de plata ,
Piés y manos de un marfil ;
Hícete casa de Meca
Donde adorasen en tí ,
Y por más te honrar, Mahoma ,
Cabeza de oro te fiz.
Sesenta mil caballeros
A tí te los ofrecí ;
Mi mujer la Reina mora
Te ofreció otros treinta mil.

MUERTE DE DON BELTRAN EN RONCESVALLES.

En los campos de Alventosa
Mataron á don Beltran ,
Nunca lo echaron de ménos
Hasta los puertos pasar.
Siete veces echan suertes
Quién lo volverá á buscar,
Todas siete le cupieron
Al buen viejo de su padre ;
Las tres fueron por malicia ,
Y las cuatro con maldad.
Vuelve riendas al caballo,
Y vuélveselo á buscar
De noche por el camino,
De dia por el jaral,

Por la matanza va el viejo,
Por la matanza adelante;
Los brazos lleva cansados
De los muertos rodear;
No hallaba al que buscaba,
Ni ménos la su señal,
Vido todos los franceses
Y no vido á don Beltran.
Maldiciendo iba el vino,
Maldiciendo iba el pan,
El que comian los moros,
Que no el de la cristiandad;
Maldiciendo iba el árbol
Que solo en el campo nasce,
Y en que las aves del cielo
Todas vienen se á asentar,
Que de rama ni de hoja
No me lo dejan gozar:
Maldiciendo iba al hidalgo,
Que cabalgaba sin paje;
Si se le cae la lanza
No tiene quien se la alce,
Y si le cae la espuela
No tiene quien se la calce;
Maldiciendo iba la hembra
Que tan sólo un hijo pare;
Si enemigos se lo matan
No tiene quien lo vengar.
A la entrada de un puerto,
Saliendo de un arenal,
Vido en esto estar un moro
Que velaba en un adarve:
Hablóle en algarabía,
Como aquel que bien lo sabe.
— Por Dios te suplico, el moro,

Me digas una verdad :
Caballero de armas blancas
Si lo viste acá pasar,
Y si tú lo tienes preso,
A oro lo pesarán,
Y si tú lo tienes muerto
Désmelo para enterrar,
Pues que el cuerpo sin el alma
Solo un dinero no vale.
— Ese caballero, amigo,
Dime tú qué señas trae.
— Blancas armas son las tuyas,
Y el caballo es alazan,
En el carrillo derecho
Él tenía una señal,
Que siendo niño pequeño
Se la hizo un gavilán.
— Este caballero, amigo,
Muerto está en aquel pradal ;
Las piernas tiene en el agua,
Y el cuerpo en el arenal :
Siete lanzadas tenía
Desde el hombro al calcañal,
Y otras tantas su caballo
Desde la cincha al pretal.
No le des culpa al caballo,
Que no se la puedes dar ;
Siete veces lo sacó
Sin herida y sin señal,
Y otras tantas lo volvió
Con gana de pelear.

ROLDAN ESPIRA VIENDO HERIDO Y FUGITIVO
EN RONCESVALLES Á CARLO-MAGNO.

Por muchas partes herido
Sale el viejo Carlo-Magno,
Huyendo de los de España
Porque le han desbaratado ;
Los once deja perdidos,
Sólo Roldan ha escapado,
Que nunca ningun guerrero
Llegó á su esfuerzo sobrado,
Y no podia ser herido
Ni su sangre derramado.
Al pié estaba de una cruz
Por el suelo arrodillado ;
Los ojos vueltos al cielo,
D'esta manera ha hablado :
— Animoso corazon,
¿ Cómo te has acobardado
En salir de Roncesvalles
Sin ser muerto ó bien vengado ?
¡ Ay, amigos y señores !
¡ Cómo os estaréis quejando
Que os acompañé en la vida,
Y en la muerte os he dejado ! —
Estando en esta congoja
Vió venir á Carlo-Magno
Triste, solo y sin corona,
Con el rostro ensangrentado.
Desde así lo hubo visto
Cayó muerto el desdichado.

MUERTE DE BOLDAN.

Apartado del camino,
Por un valle muy cerrado,
Vi venir un caballero
En un herido caballo.
De la sangre que le corre
Deja un lastimoso rastro;
Una muerte por cimera,
Y un crucifijo en la mano,
A grandes voces diciendo,
Al crucifijo mirando:
— ¡Agora es tiempo, Señor,
Que por tí sea remediado
El ejército frances,
Si no es del todo acabado!
¡Mala la hubistes, franceses,
Con el que dicen del Carpio,
Pues que no hubo paladin
Que le resistiese el campo!
¿Qué es de tus famosos hechos
De que el mundo está poblado?
¿Qué es de tu fuerza encantada?
¿Qué es de tu valor, Orlando?
Los filos de Durindana
No mellan al castellano,
Ni este fuerte y duro acero
Pudo resistir su brazo. —
Estando en esta congoja
Alzó los ojos Orlando,
Y por una cuesta arriba
Huyendo vió á Carlo-Magno,
Solo, triste y sin corona,
De sangre todo bañado,

Y al dolor de verlo así
Muerto cayó del caballo.

DOÑA ALDA LLORA LA MUERTE DE ROLDAN.

En París está doña Alda,
La esposa de don Roldan,
Trescientas damas con ella
Para bien la acompañar;
Todas visten un vestido,
Todas calzan un calzar,
Todas comen á una mesa,
Todas comian de un pan,
Si no era sola doña Alda,
Que fuera la mayoral.
Las ciento hilaban oro
Las ciento tejen cendal,
Las ciento instrumentos tañen
Para doña Alda holgar.
Al són de los instrumentos
Doña Alda adormido se há;
Ensoñado habia un sueño,
Un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
Y con un pavor muy grande,
Los gritos daba tan grandes,
Que se oian en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
Bien oiréis lo que dirán :
— ¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Quién es el que os hizo mal?
— Un sueño soñé, doncellas,
Que me ha dado gran pesar;
Que me veia en un monte

En un desierto lugar :
Bajo los montes muy altos
Un azor vide volar,
Tras dél viene una aguililla
Que lo afincaba muy mal.
El azor con grande cuita
Metióse so mi brial ;
El aguila con grande ira
De allí lo iba á sacar ;
Con las uñas lo despluma,
Con el pico lo deshace. —
Allí habló su camarera,
Bien oiréis lo que dirá :
— Aquese sueño, señora,
Bien os lo entiendo soltar :
El azor es vuestro esposo,
Que viene de allende el mar ;
El águila sedes vos,
Con la cual ha de casar,
Y aquel monte es la iglesia
Adonde os han de velar.
— Si así es, mi camarera,
Bien te lo entiendo pagar. —
Otro dia de mañana
Cartas de fuera le traen ;
Tintas venian de dentro,
De fuera escritas con sangre,
Que su Roldan era muerto
En la caza de Roncesvalles.

EL ALMIRANTE GUARINOS.

¡ Mala la visteis, franceses,
La caza de Roncesvalles !

Don Carlos perdió la honra,
Murieron los doce Pares,
Cativaron á Guarinos,
Almirante de las mares :
Los siete reyes de moros
Fueron en su cativáre.
Siete veces echan suertes
Cuál d'ellos lo ha de lleváre ;
Todas siete le cupieron
A Marlotes el infante.
Más lo preciára Marlotes
Que Arabia con su ciudade.
Dícele d'esta manera,
Y empezóle de habláre :
— Por Alá ruego, Guarinos,
Moro te quieras tornar ;
De los bienes d'este mundo
Yo te quiero dar asaz.
De dos hijas que yo tengo
Yo te las queria dáre,
La una para el vestir,
Para vestir y calzáre,
La otra para tu mujer,
Tu mujer la naturale.
Darte hé en arras y dote
Arabia con su ciudade ;
Si más quisieres, Guarinos,
Mucho más te quiero dáre. —
Allí fablára Guarinos,
Bien oiréis lo que dirá :
— ¡ No lo mande Dios del cielo
Ni Santa María su Madre,
Que deje la fe de Cristo
Por la de Mahoma tomar,
Que esposica tengo en Francia,

Con ella entiendo casar! —
Marlotes con gran enojo
En cárceles lo manda echar
Con esposas á las manos,
Porque pierda el pelear;
El agua hasta la cinta
Porque pierda el cabalgar;
Siete quintales de fierro
Desde el hombro al calcañar.
En tres fiestas que ha el año
Le mandaba justiciar;
La una Pascua de Mayo,
La otra por Navidad,
La otra Pascua de Flores,
Esta fiesta general.
Vanse dias, vienen dias,
Venido era el de Sant Juan,
Donde cristianos y moros
Hacen gran solemnidad.
Los cristianos echan juncia,
Y los moros arrayan;
Los judíos echan neás
Por la fiesta más honrar.
Marlotes con alegría
Un tablado mandó armar,
Ni más chico ni más grande,
Que al cielo quiere llegar.
Los moros con alegría
Empiezan de le tirar:
Tira el uno, tira el otro,
No llegan á la mitad.
Marlotes con enconía
Un pregon mandára dar,
Que los chicos no mamasen,
Ni los grandes coman pan,

Hasta que aquel tablado
En tierra haya de estar.
Oyó el estruendo Guarinos
En las cárceles do está:
— ¡ Oh, válasme Dios del cielo
Y Santa María su Madre!
O casan hija del Rey,
O la quieren desposar,
O será venido el dia
Que me quieren justiciar. —
Oídolo há el carcelero
Que cerca se fué á hallar:
— No casan hija de Rey,
Ni la quieren desposar,
Ni es venida la Pascua
Que te suelen azotar;
Mas era venido un dia,
El cual llaman de Sant Juan,
Cuando los que están contentos
Con placer comen su pan.
Marlotes de gran placer
Un tablado mandó armar;
El altura que tenía
Al cielo queria llegar.
Hanle tirado los moros,
No le pueden derribar;
Marlotes de enojado
Un pregon mandára dar,
Que ninguno no comiese
Hasta habello derribar. —
Allí respondió Guarinos,
Bien oiréis qué fué á hablar:
— Si vos me dais mi caballo,
En que solia cabalgar,
Y me diésedes mis armas,

Las que yo solia armar,
Y me diésedes mi lanza,
La que solia llevar,
Aquellos tablados altos
Los entiendo derribar,
Y si no los derribase
Que me mandasen matar. —
El carcelero al oirle
Comenzóle de hablar :
— ¡ Siete años habia, siete
Que estás en este lugar,
Que no siento hombre del mundo
Que un año pudiese estar,
Y aún dices que tienes fuerzas
Al tablado derribar !
Mas espera tú, Guarinos,
Que yo lo iré á contar
A Marlotes el infante
Por ver lo que me dirá. —
Ya se parte el carcelero
Ya se parte, ya se va ;
Siendo cerca del tablado
A Marlotes hablado há :
— Una nueva vos traia,
Queráismela escuchar :
Sabed que aquel prisionero
A questo dicho me há :
Que si le dan su caballo,
El que solia cabalgar,
Y tambien le dan las armas,
Con que él se solia armar,
Que aquestos tablados altos
Los entiende derribar. —
Marlotes de qu' esto oyera
De allí lo mandó sacar ;

Por mirar si en su caballo
Él podría cabalgar,
Mandó buscar su caballo,
Y mandáraselo dar,
Que siete años son pasados
Que andaba llevando cal.
Armáronlo de sus armas,
Que bien mohosas están.
Marlotes desde que lo vido
Con reir y con burlar
Dice que vaya al tablado
Y lo quiera derribar.
Guarinos con grande furia
Un encuentro le fué á dar,
Que más de la mitad dél
En el suelo lo fué á echar.
Los moros de qu'esto vieron
Todos le quieren matar;
Guarinos como esforzado
Comenzó de pelear
Con los moros, que eran tantos,
Que el sol querian quitar.
Peleára de tal suerte
Que él se hubo de soltar,
Y se fuera á la su tierra
A Francia la natural;
Grandes honras le hicieron
Cuando le vieron llegar.

CERVINÓ MORIBUNDO.

Muerte, si te das tal priesa
En llevarme á mi Cervino
Por dar á entender al mundo

Tu supremo poderío,
¡No has buscado buen ejemplo,
Pues queda en su fama vivo,
Donde tu fiera guadaña
Probará en vano sus filos!
Y si pretendes mostrar
Que es amor, cual dicen, niño,
Y que el deshacer sus obras
Pende de sólo tu arbitrio,
¡Mira que en las almas mora,
Y éstas tú no las has visto!
Si piensas que ha de quedar
La que me queda conmigo,
Seguiréle al alto cielo,
Seguiréle al hondo abismo,
Y hará iguales nuestras vidas
Esta mano y un cuchillo;
Que si propuse morir
Por guardar mi cuerpo limpio,
Cuando le quiso violar
El infame vizcaíno,
No con menos voluntad
Que por la mar le he seguido,
Le seguiré por las aguas
Del horrible lago Stigio. —
Cervin recogió el aliento
En los labios casi frios,
Y apenas la voz formando
Estas palabras le dijo:
— ¡Oh, castísima Isabela,
En cuya viudez confío
Hacer mayor resistencia,
Que con mi fama al olvido,
Más precioso es el dolor
Que cabe dentro del juicio,

Que el que sus límites rompe
Y llega á ser desvarío.
Vivid, señora, vivid
Lo que Dios fuere servido,
Y no muera yo dos veces,
Si en vos, como decís, vivo.
Reservaos para suplir
Las faltas que yo he tenido,
Y no dejéis á otras manos
Este religioso oficio.
No pido yo sepultura,
Que escurezca las de Egipto
Para mis huesos, que presto
Serán polvos, y no míos;
Un templo para mi nombre
Dentro en vuestro pecho pido,
Y no se diga: *aquí yace,*
Sino: *aquí vive Cervino.*

ANGÉLICA Y MEDORO.—I.

Envuelto en su roja sangre
Medoro está desmayado;
Que el enemigo furioso
Por muerto le habia dejado,
Y el ser leal á su Rey
Le ha traído á tal estado.
Los ojos vueltos al cielo,
Y el cuerpo todo temblando,
De color pálido el rostro,
Y el corazón traspasado,
Lleno de heridas mortales
Por un lado y otro lado;
Pero al fin con flaco aliento

Y el espíritu cansado,
Dijo : — Rey y señor mio,
Perdona que no te he dado
La sepultura debida
A cuerpo tan esforzado ;
Mas yo muero por cumplir
Con lo que estaba obligado.
De mi muerte no me pesa,
Pues lo permitió mi hado ;
Pésame de no acabar
Lo que habia comenzado,
Y de ver que no ha podido,
Estando tan obligado,
Cumplírseme este deseo,
Pues muriera consolado.
De todo perdona, Rey ;
Que pues no quiso mi hado
Que estuviera á tus obsequias,
Bien es muera desgraciado. —
Y estando en esta congoja,
Angélica, que ha llegado,
Que por caminos y sendas
Huyendo andaba de Orlando,
Reparó viendo á Medoro,
Y el cuello y rostro mirando,
Sintió un no sé qué en el pecho,
Que el corazon le ha robado,
Y así el corazon más duro
De los que el cielo ha criado
Está rendido y medroso,
Vencido y enamorado,
Y con esta novedad
Se siente todo abrasado.

ANGÉLICA Y MEDORO. — II.

Las heridas que á Medoro
Dejaron del todo sano
A pesar de Sacripante,
De Agrican y de Reinaldos,
Cura Angélica la bella
Con sus angélicas manos,
Buenas para matar vidas,
Y para sanar llagados.
Mientras cura el mal ajeno
Va creciendo el propio daño :
Consuelo busca al herido
Faltándole á su cuidado,
Y olvidada de quien era
Más que del Conde encantado,
Dice al nuevo prisionero,
Teniéndole en su regazo :
— Diferentes llagas son,
Medoro, las que hay en mí ;
Unas te llagan á tí,
Y otras á mi corazón.
Tu daño descubrese,
Y así puede remediarse,
Mas al mio no hay curarse,
Porque duele y no se ve. —
Vuelve los ojos el moro,
Ya de ofendido esforzado,
Para agradecer la cura
Y sacarla de cuidado ;
Que aunque el médico fué tal,
Fué la cura, sobre sano,
Pues tan presto descubrió
Con esta razon su daño.



— Heridas del cuerpo fueron
Las que, Angélica, curaste,
Mas apénas las miraste
Cuando del alma se hicieron.
¡Mira qué tal he quedado,
Pues cuando mi mal sentí
Herido vivo me vi,
Y agora muerto, curado!

—
ANGÉLICA Y MEDORO. — III.

Con aquellas blancas manos
Que quitaron tantas vidas,
Curando Angélica estaba
De Medoro las heridas.
Deteniéndole está el alma;
Que hasta la muerte enemiga
Respeto las blancas manos,
Y sus milagros admira.
El moro la está mirando
Con su enternecida vista,
Y regalando la voz
Así le dice y suspira :
«¡Ay, dulce vida mia,
Deten el alma que á salir porfía!»
Si escribí tu amado nombre
En estas cortezas lisas
D'estos árboles, testigos
De tus glorias y las mias,
Agora que está mi sangre
Sobre mi pecho vertida,
Imprime como en diamante
Letras en el alma escritas.
Mira bien cómo las tratas,

Que si por Medoro olvidas
Tantos Rugeros y Orlandos,
Muerto yo, tú te confirmas :
«¡Ay, vida dulce mia,
Deten el alma que á salir porfía!»

LOCURA DE ROLDAN. — I.

Entre los dulces testigos
De la gloria de Medoro,
Fuentes, árboles, jazmines,
De las ninfas bello coro,
Donde el moro bienandante
Gozó del dulce tesoro
De aquella bella hermosura
Enlazada en lazos de oro,
Está el valeroso Orlando
Vuelto una fuente de lloro,
Diciendo entre mil suspiros :
¡Ay, felicísimo moro!
Dicele : — Fiero enemigo,
¿Qué es del sol por quien yo lloro?
¡Agora gozas la lumbre
Por quien en tinieblas moro!
Pues tienes rendida el alma
De aquella á quien yo adoro,
Yo te sacaré á la tuya,
Si de este estado mejoro.
Bien sé que con tal yenganza
El sér de Orlando desdoro ;
Pero el amor me disculpa,
Que á nadie guarda el decoro. —
Luégo con rabiosa basca
Bramando cual bravo toro

Se embravece contra sí
Aumentando más su lloro.

LOCURA DE ROLDAN.— II.

«Aquí gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del Paladino
Y de los moros de España;
Aquí sus hermosos brazos,
Como hiedra que se enlaza,
Ciñeron su cuello y pecho
Haciendo un cuerpo dos almas.»
Estas palabras de fuego
Escritas con una daga
En el mármol de una puerta
El conde Orlando miraba.
Y apenas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Cuando con voces de loco
Echó mano á Durindana,
Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan;
Que de palabras de amor
No solamente en las almas,
Que en las piedras entra el fuego
Y d'ellas sale la llama.
La columna deja entera
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser más firme
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro

Vió pintada en una cuadra
La amarilla y fiera muerte,
Que á los piés de un niño estaba.
Conoció que era el Amor
En las flechas y el aljaba,
Y unas letras que salían
De las manos de una dama.
Lo que decían repite
Como quien no entiende nada;
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar el alma.
Las letras dicen : «Medoro,
El grande amor de tu esclava
Ha de vencer á la muerte,
Que muerto vive quien ama.»
No tiene el Conde paciencia,
Que alborotando la sala
Despedaza cuanto mira;
¡De amor injusta venganza!
Lo que dice y lo que siente
Entiéndalo quien bien ama,
Si sabe el mal que son celos,
Que llaman muerte de rabia.

DORALICE ABANDONA Á RODAMONTE CON QUIEN
ERA DESPÓSADA, Y ESCOGE Á MANDRICARDO.

Con soberbia y gran orgullo,
Que todo el mundo espantaba,
Saliérase Rodamonte,
Ese bravo Rey de Zarza,
(Rey de Zarza y de Argel era,
Que por tal se intitulaba),
En busca de Mandricardo,

Aquese rey de Tartaria,
Que se lleva á Doralice,
Hija del rey de Granada.
Quitóla á cien caballeros,
Que la tenian en guarda.
A pié va, que no á caballo,
Bien armado, y sin espada;
Solo va con un baston
Que de un árbol desgajára.
¡Tan feroz y tan sañudo,
Tan sin tiento caminaba,
Que no hay oso ni leon
Que mirarle ose en la cara!
Por una muy alta sierra
Al bajar de una montaña
Vido estar á Mandricardo
En regazo de su dama,
Que le enjugaba el sudor
Y la cara le limpiaba.
Doralice que le vido;
Allí habló con voz turbada:
— ¡Triste de mí, Mandricardo!
¡Amarga de mí, cuitada!
Veo venir á Rodamonte
A quien yo le dí palabra
Para casarme con él,
Y por vos la quebrantára.
Defendedme, mi señor,
Solo que con él no vaya. —
Mandricardo que esto oyera,
El yelmo luégo abajára:
Vase para Rodamonte
Que en el campo le aguardaba.
Ya traban los dos guerreros
Entre ellos cruda batalla.

Por allí pasára un moro
Que Ferragut se llamaba.
— ¿Qu'es aquesto, caballeros?
¿Para qué es riña tan brava?—
Respondiera Doralice,
D'esta suerte proposára:
— De aquesta batalla, el moro,
Yo soy la principal causa,
Porque escogí á Mandricardo,
Y á Rodamonte dejára.—
Ferragut aquesto oyendo
Concertarlos procuraba.
Sosegados que los tuvo
D'esta suerte les hablaba.
— Paréceme, caballeros,
Que entendida vuestra saña
No querais con tanto esfuerzo
Morir por cosa tan baja;
Y señale Doralice
De los dos cuál más amaba. —
Rodamonte y Mandricardo
Se contentan, pues pensaba
Cada cual ser escogido
De la que presente estaba.
Rodamonte en este caso
De la dama confiaba,
Por los pasados servicios
Que por ella hizo en Granada,
Y á más que de ser su esposa
Le habia dado palabra.
Mandricardo, muy mejor
En ella se aseguraba,
Porque por él era dueña,
Y su hermosura gozára.
Doralice sin vergüenza

De esta suerte sentenciára :
— Yo desecho á Rodamonte,
Y á Mandricardo me daba,
Porque obras son amores,
De palabras no curaba. —
En oirlo Rodamonte
De Mahoma blasfemaba,
Porque de cuantas ha amado
A él ninguna le amára,
Y empezó de discantar
Lo que en Doralice hallaba.
— ¡Oh ingenio femenino!
¡Fuerza sin fuerza ganada!
¡Sin fe, sin ley, variable,
Más hueca que no la caña!
¡Importuna, soberbiosa,
Pestilencia no curada,
Desleal, ingrata, cruel,
Falsedad jamas pensada,
Discípula del demonio,
Amicicia solapada,
En fin, maldad de maldades,
Vista y lengua emponzoñada!

BRADAMANTE CELOSA.

Suelta las riendas al llanto,
Celoso el pecho y airado,
La hermosa Bradamante
Llena de angustia y cuidado.
Llora de Ruger la ausencia
Pensando haberla olvidado;
Arranca un suspiro y otro,
Que encendiera un pecho helado.

Mesa sus rubios cabellos
En que el amor ha enlazado,
Ganándole por despojos
Aljaba, flechas y arco.
Revuelve en el pensamiento
De vestir arnés tranzado,
Para buscar su Rugero,
A quien ya la palma ha dado.
— ¿Qué es de tí? ¿Dó estás, Rugero?
¡Mi bien! Mi dulce cuidado! —
Marrano llámale en fe
De razon y amores falto:
No puede acabar consigo
Que un amor tan arraigado
Se le volviese al revés
De lo que siempre ha mostrado.
— ¡Ay bellos ojos, luceros
Que alumbraban mi cuidado!
¿Quién pudo tanto con vos
Que á Bradamante heis dejado?
Vuelve, vuelve, dulce prenda,
Cumple el término aplazado
Antes que la muerte horrenda
Me prive de ejecutallo.
¡Pueda amor de tanto tiempo
Más que un hora de regalo!
¡No dejes, Ruger, morir
A quien el pecho has robado!
¡Mueva tu amor á piedad
Este rostro delicado,
Que en lágrimas de sus ojos
Le verás estar bañado!
Quien hizo naturaleza
En todo tan extremado,
No es bien que se diga dél

Que la palabra ha falsado. —
Llora, solloza y suspira,
Llama siniestro á su hado,
Envía al cielo sus quejas,
A la fuente, río y prado:
Vuelve con doblada furia,
Con furor único y raro
Llama su dulce Rugero,
«Ruger, vuelve», y va á abrazallo.
Anda aquí y allí rabiosa,
Mil veces vuelve á llamarlo:
Cuando el eco la responde,
Piensa que Ruger la ha hablado.
— No soy Bradamante, dice,
De quien fuiste enamorado:
No te escondas, no soy ésta,
Porque en tí me he trasformado.
¿Piensas que caminas solo?
Caminas acompañado
De mi triste corazón
Que en el tuyo se ha forjado.
¡Vuelve esos ojos tan bellos,
Verás mi pecho abrasado!
¡No tardes, dichoso moro,
Porque el tardarte es pesado!
Aplica á este mal remedio,
Mira cuán mal me ha tratado:
Sólo, Rugero, en tí está,
Que en otro no hay remediallo. —
Entre estas celosas quejas
Vuelve, y dice: — ¡Ah esforzado
Pecho de la sangre ilustre
De Claramonte y Mongrano!
¿Tan presto, dí, te olvidaste
De quién eras? ¿De tu estado?

¿Tan presto y tan sin respeto
Desdeñas mi amorpreciado?
¡No llores más, tente, basta,
No aflojes la rienda tanto!
Toma tu lanza de oro,
Salta en tu caballo alado.—
Dijo, y con furiosa rabia
En un retrete se ha entrado;
Armase el peto y la cofia,
Espaldar y arnés tranzado,
Y pártese Bradamante
A buscar su enamorado,
Revolviendo todo el mundo
Sin vagar y sin descanso.

ÍNDICE.

Páginas.

Virgilio.	5
La Infantina.	6
El Conde Arnaldos.	8
Don Duardos y Flérida.	9
El Soldan de Babilonia y el Conde de Narbona.	11
El conde D. Martin y doña Beatriz.	13
Don Bernaldino.	13
El Infante vengador.	15
La Infanta encantada.	17
El adúltero castigado.	18
La constancia.	20
La dama del Conde aleman.	20
Deslices de amor.	21
El amor filial.	22
La esposa fiel.	23
Romance de Gerineldo.	24
Espinelo.	25
Don Galvan y la Infanta.	28
Cordura de Aliarda para justificarse de la calumnia de un caballero que se jactó de haberla gozado.	29
El traidor Marquillos y Blanca-Flor.	30
El maldiciente.	31
Lanzarote del Lago. — I.	33
Lanzarote del Lago. — II.	34
Tristan de Leonis.	35
Valdovinos y el marqués de Mantua, — I.	36

	<u>Páginas.</u>
Valvovinos. — II.	59
Valdovinos. — III.	74
Valdovinos. — IV.	80
Valdovinos. — V.	81
El Conde Claros.	82
El Conde Alarcos.	95
Roldan desterrado.	107
Reinaldos y la infanta Celidonia.	119
Roldan y el Trovador.	131
Gayferos. — I.	133
Gayferos. — II.	136
Gayferos. — III.	139
Gayferos. — IV.	156
Montesinos busca á Durandarte en la batalla.	158
Durandarte moribundo recomienda á Montesinos que lleve su corazon á Belerma.	159
Belerma recibe nuevas de la muerte de Durandarte.	161
Belerma llora la muerte de Durandarte.	163
Batalla contra Marsin.	164
Muerte de D. Beltran en Roncesvalles.	165
Roldan espira viendo herido y fugitivo en Roncesvalles á Carlo-Mago.	168
Muerte de Roldan.	169
Doña Alda llora la muerte de Roldan.	170
El almirante Guarinos.	171
Cervino moribundo.	176
Angélica y Medoro. — I.	178
Angélica y Medoro. — II.	180
Angélica y Medoro. — III.	181
Locura de Roldan. — I.	182
Locura de Roldan. — II.	183
Doralice abandona á Rodamonte, con quien era desposada, y escoge á Mandricardo.	184
Bradamante celosa.	187

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

No 2

